

Axxón 132, noviembre de 2003

Editorial - Axxón 132

Un editorial… más



Este mes fue bueno. Hemos tenido algunas actividades sociales de Ciencia Ficción en las que participar. A mí me gustaron muchísimo los *chats* que se hicieron con motivo de la Hispacon, y no sólo porque participé como invitado, ya que también estuve en los otros (menos en aquellos que eran a las 5 de la mañana de aquí), lo que me aportó el placer de sentirme presente en la Convención, rodeado de otras personas que comparten gustos y preocupaciones, algunas que conozco personalmente, otras por su obra, y algunas desconocidas.

Fue una idea excelente y espero que se repita.

El mes que empieza hoy también presenta actividades en las que podremos participar los escritores, lectores y editores argentinos. Parece llegar un soplo de aire luego de tanto ahogo. Enhorabuena.

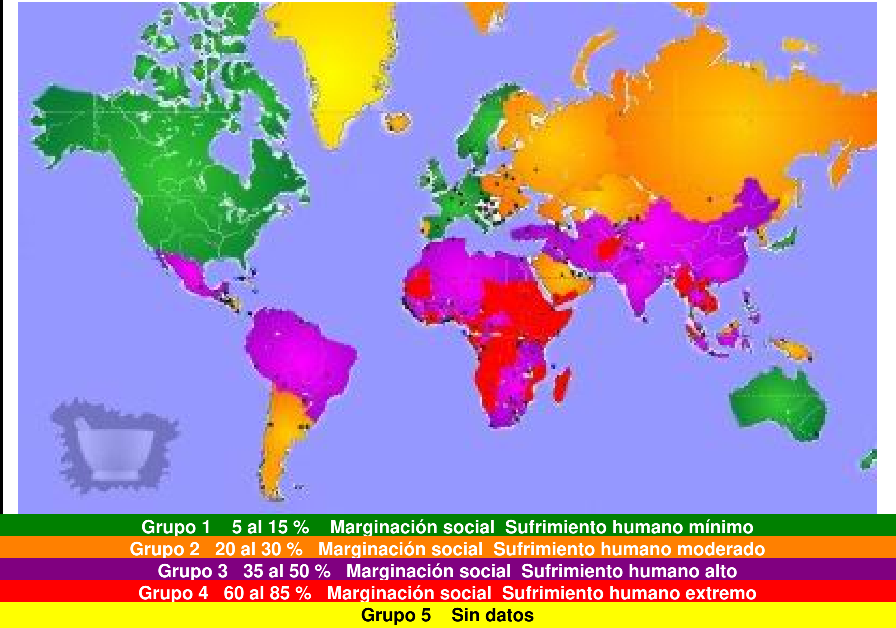
He visto un artículo que recomiendo buscar y leer, cuyo título lo dice todo: “La exclusión social provoca el mismo dolor que una herida física”. No es un artículo figurativo, es una investigación publicada en la prestigiosa revista *Nature* y la afirmación tiene una base médica. Estudiaron a unos voluntarios usando IRM (Imagen por Resonancia Magnética Funcional) y vieron que el efecto químico en el cerebro y su reacción es la misma cuando se margina de manera activa a una persona (no se produce lo mismo cuando se da una exclusión accidental) que cuando se la hiere físicamente.

Me puse a pensar que sería bueno que algunos gobernantes, incluso algunos analistas sociales, y también muchos periodistas que se preguntan qué es lo que pasa, se dieran cuenta de que aquí está la

respuesta a la violencia que se observa en la sociedad actual. No hay que profundizar mucho en etología (ciencia del comportamiento animal) para saber que los animales responden con violencia a las agresiones que les producen dolor. Puede ser el perro más fiel que haya existido sobre la Tierra, pero si se le inflinge un dolor que lo hiere de verdad es muy probable que muerda. Ahora me doy cuenta de por qué es tan difícil hablar con un desposeído: no quiere saber nada ni escuchar nada. A la vista de ellos es uno quien le está inflingiendo dolor… junto a los demás.

Me pregunto si sentirán alivio cuando saben que cada vez somos más lo que estamos así.

Geografía del sufrimiento



Eduardo J. Carletti, 1 de noviembre de 2003
ecarletti@axxon.com.ar

Correo 132

noviembre de 2003

Hola, Edu:

Gracias a que se conectó un primo con una de esas conexiones de 24 hs pude recorrer completamente el material enorme que tiene la revista.

Es algo enormemente lindo, me siento muy orgullosa de haberte ayudado desde hace tiempo y me dan muchas ganar de seguir haciéndolo. Me imagino que esto que estoy diciendo debe ser la llave de lo bueno que es ese lugar. Que la gente quiera seguir en él. Me hace acordar de esos días que una siente frío por dentro y sale un ratito a ponerse en el sol. Cerrás los ojos y el sol te da calor, un calor muy especial, que a mí me hace sentir muy bien.

Me emocionó ver lo que dijiste de la muchacha de 14 años que es la Axxón. Yo tenía menos cuando te enteraste por mi mamá que yo dibujaba y me pediste que hiciera ilustraciones para la revista. Pensé que estabas loco, confiar en una nenita. Así me sentía yo. En estos años crecí con la revista y te agradezco haber podido aportar a ella. Yo me siento orgullosa de entrar a ese esplendoroso espacio que has creado y encontrar mi nombre y mis trabajos ahí.

Valeria

Axxón: Es lo que pretendo (pretendemos) lograr. Es una gran satisfacción saber que te produce sensaciones tan buenas. Gracias.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez

en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

ecarletti@axxon.com.ar

El primer viaje de la *Argonauta*

Yoss

Atardecer. Una estela blanca subraya el sol rojizo en el cielo sin nubes. La traza un punto ígneo que crece veloz, convirtiéndose en un vehículo. La pequeña lanzadera de la *Argonauta* se posa en el desierto paisaje entre los altos árboles metálicos de las torres eólicas, alzando el polvo en remolinos que al asentarse opacan la espejeante oscuridad de los paneles solares.

Todavía humean los motores, pero ya Fiona abre la escotilla de un tirón y, liberándose del casco, sacude sus greñas irlandesas, de un rojo tan encendido como el de su escafandra, antes de saltar afuera gritando:

—¡Ea, a salir…! Después de ocho meses de respirar pedos reciclados y vivir bajo lámparas halógenas ¿no tienen ganas de sentir otra vez el viento y de ver brillar de nuevo un sol como se debe? Aunque sea este raquítico de Próxima…

—¿Serán correctas las coordenadas de descenso? Este sitio está a kilómetros del centro de vuelos… de todo, en realidad —rezonga Irina, la médico-bióloga rusa, aunque también preparándose para salir—. ¿Una cuarentena? En dos años podría haber surgido algún nuevo virus, y nosotros sin anticuerpos contra él…

—Moriríamos instántaneamente —se burla Tupac, el ingeniero boliviano, liberando del arnés su propia escafandra verde—. Pero nos lo habrían dicho… no, no tendremos un fin tan agradable. Cuando los del Consejo oigan nuestro cuento de hadas, nos enviarán de vuelta al espacio… pero sin nave.

—¿Por qué “cuento de hadas”? —dice muy serio Bkila, el capitán congolés—. Un primer viaje de rutina; La *Argonauta* es una buena nave, la impulsión por fisión ya ha sido archiprobada, por el agujero de gusano pasamos sin incidentes. Sigma del Dragón sólo tiene un rutinario anillo de asteroides, un normalísimo superjoviano y otro par de planetas ultraaburridos, el segundo bastante terrestroide, por cierto…

—Con oxígeno libre… pero sólo algas unicelulares. Sin tierra firme no podía haber mucho más —confirma Kitara, la astronavegante japonesa—. ¿Qué tiene de particular? No es el

primer planeta-océano que se encuentra…

—Sí ¿qué tiene de particular?… si el cosmos está lleno de planetas como Sabana —agrega Tupac, y el nombre prohibido libera avalanchas de recuerdos…

Girando promisoria alrededor de su sol como una gema azul engastada en el vacío, como si aguardase a la ***Argonauta*** *tras el agujero de gusano y los ocho meses de viaje interestelar: Sigma del Dragón II. Descenso, nubes… mar inmenso. Pero no infinito; rodea un continente. La lanzadera posándose en sus playas. Fiona respira la primera el aire denso y cargado de ozono… a través de la mascarilla de filtración biológica, por miedo a las esporas. Aventurándose tierra adentro, Tupac encuentra vida. ¿"Solo algas unicelulares?" La interminable pradera de hierba magenta, a la vez extraña y familiar, como Africa vista con filtros del color equivocado. Kitara propone nombrarlo Nueva Africa, también en honor de Bkila. La modestia del capitán sugiere Sabana. Y hay más: infinitos rebaños de pesados herbívoros con seis patas y trompa, que el boliviano bautiza sin mucha imaginación "hexafantes". Pasan la vida devorando apaciblemente los tallos púrpuras… y huyendo cuando en lontananza aparece la alta y como contrahecha silueta de los carnívoros nativos, también hexápodos pero notablemente parecidos a mantis religiosas gigantes, algo que Irina no puede menos que señalar como "curiosa convergencia evolutiva". Y lo más interesante: los otros predadores, lentos y de patas cortas, pero habilísimos usando sus largos y flexibles cuellos para "pescar" y devorar a los infelices hexafantes caídos en lo inesperado y maravilloso: los numerosísimos lagos de nafta y asfalto que salpican aquí y allá la pradera…*

Nadie ha venido a buscarlos. Roja, azul, verde, amarilla, negra… guiándose por la brújula, bajo el rojizo sol, cinco escafandras. Avanzan por la arena gris, trabajosamente, pero disfrutando sentirla bajo sus pies. Siempre extraterrestre, pero ya no extraña: Próxima no es Moscú ni Dakkar ni Dublín ni La Paz ni Tokio, pero es allí que se han adiestrado, que de cinco nacionalismos e individualidades ha surgido ese delicado todo armónico que es una tripulación. En cierta forma, han vuelto a casa.

Al cabo de unos minutos, Fiona exclama: —Mierda, de veras estamos lejos. —Y luego, sin transición—. ¿De verdad creen que hacemos bien? Piensen, todo ese petróleo… no harían falta esos feos parches ni esos horribles árboles de hierro…

—¿Te parecen mejor las chimeneas y las nubes de humo? —Tupac toma con vehemencia a la pelirroja por el hombro para señalarle una sombra alada que surca el cielo—. Y también podrías decirle adiós a pájaros como ése…

Irina ríe: —¿Cuál pájaro? Es un ornitóptero de pasajeros.

—Da igual pájaro, ornitóptero o planeador, Doña Precisa —el ingeniero sudamericano resopla molesto, pero acaricia la mejilla de la rusa mientras vuelve a dirigirse a Fiona—. Siempre serán mejor hombres sudando su colesterol en los pedales que chorros de monóxido de carbono ensuciando el aire…

—Eh, yo también voté por mantener el secreto de Sabana —protesta Fiona.

—Entonces será mejor que no vuelvas a mencionar ese nombre… —advierte Bkila—. Nadie debe saber cómo es en realidad Sigma del Dragón. Somos la avanzada de la humanidad en el espacio, y eso implica ciertas responsabilidades…

—Está claro, jefe… ni una palabra. Pero cada vez que empiezas con ese tono de “somos los elegidos, tenemos una misión” preferiría estar pedaleando dentro de ese ornitóptero. —Fiona imita el pomposo tono del congolés, y todos ríen, tocándose, besándose y abrazándose casi como niños. Aunque sólo casi: los roces son demasiado largos, los contactos demasiado íntimos, los besos demasiado húmedos…

—Eh, gente —dice de pronto Kitara—. Control… tenemos visita.

En lontananza, vehículos; son cuatro triciclos biplazas, con amplias velas para aliviar los músculos de sus conductores…. Y se acercan tan veloces que muy pronto sus caras contraídas por el esfuerzo del pedaleo ya son reconocibles.

—Son los de la *Bifrost* —los identifica Irina—. Pero ¿por qué vienen solos? Y ¿por qué nos hicieron posarnos aquí…?

—Ex-astronautas —suspira aliviado Tupac—, entonces, podemos seguir en lo de antes..—y riendo, trata de abrazar a la pelirroja al estilo pulpo.

—Deja, no seas pesado —rezonga Fiona, apartándolo—. Estás más sudado que ellos. Pobres… pensar que todo sería tan fácil, con un simple motor de dos tiempos…

—No vuelvas a empezar, irlandesa terca —susurra Kitara, pellizcando uno de los pecosos brazos de la exploradora—. ¿O ya has olvidado lo de Titán en el 2049?

Tupac se adelanta a la iracunda réplica de la exploradora: —Samurai … su padre iba en la *George Washington*. Y uno de mis tíos murió en los motines de Caracas en el 2036. Todos conocemos la historia, y sabemos lo que está en juego…

2028: Los yacimientos de petróleo del Mar del Norte se agotan.

Wall Street: precio del crudo, 147 euros el barril. En Reunión Extraordinaria del Consejo de Seguridad, la ONU declara ilegal a la OPEP. Reabren viejas centrales atómicas.

2031: Fuerzas de una coalición panarábiga atacan Israel. A paridad tecnológica de armamentos, las tropas hebreas retroceden ante la superioridad numérica de los atacantes. Tel Aviv contraataca con ojivas nucleares tácticas. Objetivos: Egipto, Sudán, Irak, Irán, Arabia Saudita, Siria y Jordania. Millones de kilómetros cuadrados convertidos en desierto radiactivo; miles de pozos petrolíferos arden. Precio del crudo: 386 euros el barril.

2034: Nigeria: últimos barriles de petróleo extraídos de un yacimiento africano. Compañías aéreas en bancarrota. Lufthansa y Delta Airlines, vuelos regulares con dirigibles. Ola de frío en Europa: miles de muertos por falta de calefacción. El petróleo, patrón monetario internacional. Precio: 648 euros el barril.

2036: EUA: La Comisión de Medio ambiente vuelve a cerrar numerosas centrales atómicas. Pese a los experimentos Tokamak, la fusión nuclear controlada es aún una utopía. Venezuela: En el golpe de estado que derroca al presidente vitalicio Hugo Chávez son destruidos el 90% de los campos petrolíferos del país sudamericano. Precio del crudo: 1670 euros el barril.

2038: La ONU declara “emergencia energética mundial”. Las centrales “limpias ” (hidroeléctricas, mareomotrices, eólicas, solares, de biogás), que representan solo el 12% de la producción mundial de electricidad, son declaradas “patrimonio de la humanidad”. China deja de exportar petróleo. Los EE. UU. declaran ilegal el uso y/o posesión de motores de combustión interna para los particulares. Pánico en Detroit. Aumentan los precios del carbón; se reabren varias minas de hulla en el Reino Unido.

2041: Rusia, único exportador mundial de petróleo, es admitida en la Unión Europea en calidad de miembro con pleno derecho. Comienza la explotación de yacimientos de crudo “pobres” en Siberia. Motines en Tokio. Washington declara la ley marcial. Guerra civil en China; Pekín invade Mongolia.

2042: Parten rumbo a Titán cuatro expediciones espaciales privadas: en la década anterior, sondas no tripuladas descubrieron allí grandes reservas de hidrocarburos. Es la primera y auténtica gran aventura cósmica de la humanidad. La NASA y la Agencia Aeroespacial Europea se unen para constituir el Consejo del Cosmos. Primer decreto: proscripción de toda misión espacial privada.

2043: Las naves **Amsterdam**, de la Royal Dutch Shell; y **John Bull**, del Bank of London se desvían del rumbo correcto. La

misión holandesa consigue regresar sin mayores contratiempos. El vehículo inglés, agotado su combustible, desaparece de modo inexplicable en el espacio con toda su tripulación.

2044: Los vehículos **George Washington**, de la Exxon y **Sheif-Al-Islam**, de la familia real saudita, alcanzan la órbita de Titán. Buenas noticias. Aunque congeladas, las reservas de hidrocarburos son del orden de los trillones de toneladas.

2045: Cargadas con millones de barriles de crudo, ambas naves regresan a la Tierra cuando son impactadas por sendos misiles con carga atómica. Las explosiones son visibles en todo el lado nocturno del planeta. Reivindica el hecho Suomi Kalevala, un inédito grupo extremista finlandés. Duelo mundial. Devaluación del euro y el dólar. Abortados intentos de secesión armada en los estados norteamericanos de Texas y Nuevo México. Precio del barril: 20.345 euros.

2046: El presidente norteamericano acusa públicamente al ente petrolífero ruso de ser el verdadero autor del artero ataque…y declara la guerra a Moscú. La nave inglesa **John Bull**, perdida tres años antes, reaparece en la órbita de Marte. Primer reporte sobre los agujeros de gusano. Noticias sobre la fusión fría…falsas.

2047: Rusia ocupada por tropas de la OTAN. Durante el conflicto bélico se pierden cientos de pozos de crudo, algunos incendiados por los invasores, la mayoría por las tropas rusas en retirada.

2048: Los radares y sistemas de alerta de la OTAN y EE UU registran el despegue de cientos de misiles desde silos ocultos en Siberia, el Pamir y los Urales… pero ninguna reentrada atmosférica…

2049: Sin necesidad de telescopio, la humanidad asiste al triste y extraordinario espectáculo de la explosión de Titán… con las reservas de combustible en las que había cifrado todas sus esperanzas. En La Tierra, el brillo rojizo de la agonía del lejano satélite ardiente se confunde con el resplandor de los incendios y motines de la ola de pánico mundial ante un futuro sin combustible…

—…Se tomaron muestras de los sedimentos del fondo y se colectaron ejemplares de las cinco especies de algas verdeazules… —Bajo el sol crepuscular, Irina informa serena: con voz átona, erguida casi en “firmes”, mirando al frente sin vacilar.

Algo que no logra hacer Fiona: nerviosa, sus ojos saltan de uno a otro ex-tripulante de la *Bifrost* en un nistagmo incontrolable. Sus compañeros fingen no advertirlo, pero pasan los segundos y la

situación se vuelve tan incómoda que hasta la imperturbable Irina comienza a tartamudear… y queda callada en mitad de una frase.

El incómodo silencio dura varios segundos, hasta que el noruego Torstein, tan alto y corpulento que seria amenazador de no ser tan dulce, dice suavemente: —Ningún astronauta sabe menir… no nos entrenan para eso. Ya saben que lo sabemos… Basta de teatro. ¿Cómo lo llamaron ustedes? ¿Hierba, Pradera, Esperanza… u Oro Negro?

Los de la *Argonauta* no se atreven a alzar la vista ni a decir palabra. Es de nuevo Fiona, la más atrevida, quien susurra, casi con alivio: —Sa… Sabana…

—Sabana —repite la hindú Amdala Rushdan, y se sienta tranquilamente, invitando a todos a imitarla—. Curioso… también nosotros queríamos bautizarlo así, aunque preferimos Torstein… —tierna, acaricia la mejilla del escandinavo—. Su abuelo fue perforador en una plataforma petrolera en el Mar del Norte ¿lo sabían?

—No… pues antes de Sabana, nosotros pensamos ponerle Nueva Africa —comenta Tupac, recobrado su buen humor—. Algunos capitanes son más modestos que otros…—Todos se sientan sobre la arena gris, aunque todavía tensos. En lontananza, el rojizo sol se pone, perezoso, llenando de reflejos los paneles solares.

—¿Capitán? —sonríe melancólico el corpulento rubio—. Pues, no exactamente…

El ingeniero de la *Argonauta* no lo escucha: —Entonces, ustedes ¿ya sabían… del planeta… del petróleo? —Hay asombro e incredulidad en sus facciones indias, que parecen de bronce en la luz carmesí del poniente—. ¿Cómo… cuándo… por qué?

—Desde el 2069, todos van a Sigma del Dragón como primer viaje —explica Joáo, el menudo brasileño—. Por supuesto, nadie lo comenta luego; es la última prueba.

—¡Dieciocho años negándole todo ese petróleo a la humanidad! ¿Pero qué se creen… dioses? —hay furia en la voz de Bkila—. ¿Qué clase de prueba puede ser ésa?

—De responsabilidad social —explica Torstein—. Recuerda Titán. Piensa lo que esa misma humanidad haría aún hoy con todo ese petróleo. ¿Tenemos el derecho a negárselo a sus hijos… sólo porque sus padres no sabrían compartirlo en paz?

—¿Por qué también ustedes decidieron ocultarlo? —pregunta Joáo, tranquilo.

—¡Porque … —empieza a decir Bkila, casi furioso—. ¡Porque

pensamos que… —se calma, de repente, casi asombrado—… que todavía la humanidad no estaba preparada para dar un buen uso a tan grandes reservas de combustible …

—Ah —sólo dice Joáo, tan cómicamente que todos ríen y la tensión empieza a relajarse. Como por arte de magia, una cantimplora aparece y pasa de mano en mano.

—Si no hubiera sido por la *John Bull*… los hombres descubrimos los agujeros de gusano y cómo burlar la relatividad antes de estar realmente preparados. —Se lamenta después de un largo trago el chino Den Hsiao, hasta el momento silencioso—. Lao Tse decía que sólo hay algo peor que no tener lo que se desea…

—…y es tenerlo cuando aún no se está preparado. Sí, conozco la cita —asiente Kitara, también bebiendo—. Entonces ¿pasamos la prueba? —Torstein asiente, sonriente.

—Pero, tal vez… subestimamos la madurez social y ética de los seres humanos —se preocupa Irina, de pronto—. Tal vez, dándoles la noticia de la manera adecuada…

Amdala le responde con otra pregunta, llena de ironía. —¿Ahora tú? ¿Cuál crees que sería la manera adecuada de decirle a tu madre que ser astronauta significa compartir no sólo tu trabajo sino tu cama y toda tu vida con dos hombres…?

—…Y dos mujeres —agrega Tupac, malicioso—. Y todos de otros países… incluyendo un negro, una asiática y un indio, qué horror.

—No entiendo qué tienen que ver en esto mi madre y mi vida privada —replica la rusa, muy seria, pero enrojeciendo hasta la misma raíz de su rubio y corto cabello.

—No te avergüences —ríe la hindú—. Imagínate si mis padres supiesen que yo, hija de brahmanes, aún hoy comparto mi vida con tres extranjeros sin casta… —Joáo, Torstein y Den Hsiao sonríen—. Una tripulación es para siempre. Aunque tampoco es su culpa si no pueden pasar por encima de sus prejuicios sexuales y raciales…

—Quizás sólo afrontando el espacio se pueda entender que una tripulación debe ser una sinergia perfecta —reflexiona Kitara en alta voz—. Como los cinco dedos de una mano unidos en un puño: intimidad total, confianza total, sin secretos personales ni moralismos estúpidos…

—Una frontera nueva necesita gente nueva, y una moralidad y unas reglas también nuevas —aprueba Joáo—. Mírennos… mírense. Ya no somos hindúes, noruegos, bolivianos, japoneses ni

chinos… sino astronautas. Y aunque ya no pueda aceptarnos ni entendernos, la Tierra nos necesita… y nosotros tenemos la obligación no sólo de comprenderla… sino de protegerla de su propia ambición e inmadurez.

—El mito de la nueva raza y los superiores místicos, en versión cósmica: dioses —Kitara, escéptica, pregunta:— Pero si Sabana… Sigma del Dragón, es la última prueba de las tripulaciones ¿qué pasa con quienes… no aprueban? ¿Han sido muchos?

Den Hsiao mira a sus tres compañeros, como buscando aprobación, y al fin responde, suspirando: —No, no muchos. El adiestramiento de las tripulaciones en Próxima ha colmado todas las expectativas: obra el milagro de convertir a hombres y mujeres de razas y culturas distintas en equipos sólidos… en el 99% de los casos.

—Suenas como Bkila en sus momentos más solemnes —se burla Tupac, pero aún insiste, siempre irónico:— ¿Y el otro 1%? ¿Los envían de vuelta a La Tierra?

Es ahora un cabizbajo Torstein quien responde: —¿Y poner en peligro secretos como el de Sigma del Dragón? Traté de explicarlo antes… lo de “capitán” no es del todo exacto… —Su voz tiembla, sus ojos están húmedos. No puede continuar.

—Fue difícil para él… lo es cada vez que tiene que recordarlo —lo excusa Amdala, y continúa, mientras el conmovido escandinavo se levanta y se aleja del corro—. Nuestra *Bifrost* fue la primera nave en alcanzar Sigma del Dragón, en el 2069. Las grandes reservas petrolíferas de su segundo planeta fueron una sorpresa… y un dilema. Ingeborg…nuestra capitana, decidió dar parte.

—Era una buena capitana… tenía instinto, sabía tomar la decisión correcta en los momentos más peligrosos —recuerda Den Hsiao, nostálgico.

—Pero cumplir las reglas era para ella casi como respirar —rememora Amdala.

—Y no le gustaba reconocer cuando se equivocaba… —Joáo baja la cabeza.

—Discutimos… fuertemente… —dice entrecortadamente Torstein, volviendo al corro—. Y tras la discusión… no confiaba en nadie… Yo tuve… que hacerlo.

—Oficialmente, la capitana Ingeborg murió asfixiada por un fallo en su escafandra —declara Amdala, abrazando al desconsolado noruego—. Era su hermana.

—Fue duro, renunciar para siempre al cosmos. Una mano

mutilada ya no puede formar un buen puño —suspira Den Hsiao—. A duras penas logramos regresar… la *Bifrost* fue diseñada para cinco tripulantes. Pero valió la pena… creo.

—Una hermosa historia —Fiona aplaude cínicamente—. Conmovedora… e instructiva. —La irlandesa se pone en pie, con los brazos en jarras, retadora—. Y ¿cuál es la moraleja? ¿Que si no seguimos el sacrificado ejemplo de ustedes Torstein, el ogro malo, también se encargará de nosotros… con dolor de su alma, eso sí? ¿Fue para eso que nos hicieron descender tan lejos de la ciudad? ¿Para evitar testigos?

—Pues no —dice Joáo poniéndose de pie junto con los otros tres ex-astronautas. Fiona retrocede, Tupac y Bkila se ponen en pie de un salto, en guardia… pero los de la *Bifrost* solo parecen interesados en volver a sus triciclos—. Sólo queríamos contarles la historia. Y ahora … hasta luego —y da media vuelta

Los del Consejo alzan las velas y comienzan a pedalear, sin mirar atrás.

—Pero… —comienza a decir Fiona, al verlos alejarse—. ¿Se van? ¡La discusión no ha terminado! —Hace ademán de echar a correr tras los triciclos, que ya cobran velocidad a los últimos rayos del rojizo sol Próxima.

Pero Bkila la retiene por el brazo: —Déjalos. Será mejor que sigamos caminando… la ciudad todavía está lejos, y ya oscurece.

—Pero… entonces —no entiende aún la exploradora—. Quiere decir que… si quisiéramos, ahora podríamos decirle a cualquiera de Sabana y todo su petróleo…

—Sí —Bkila la mira a los ojos—. Si quisiéramos, podríamos… pero no podemos. Hay cosas más importantes que todo el petróleo el mundo. ¿Entiendes?

—Ah —pronuncia lenta Fiona, al fin tranquila—. Responsabilidad social, ¿no?

El capitán asiente. Próxima Centauri se ha ocultado ya. En la penumbra en aumento, la tripulación de la *Argonauta* reemprende en silencio la marcha hacia el lejano centro de vuelos. Por entre los paneles sonares y bajo las torres eólicas.

Caminando.

JOSÉ MIGUEL SANCHEZ GOMEZ (YOSS)

Yoss ha publicado en España una colección de cuentos llamada *Se alquila un planeta* (Ediciones Equipo Sirius, colección Tau-ciencia ficción) donde se puede encontrar alguno de los cuentos publicados hace tiempo en Axxón.

Nacido en La Habana (1969). Licenciado en Ciencias Biológicas de la

Universidad de La Habana (1991). Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios. Es miembro de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba) desde 1994. Actualmente trabaja en varias novelas y libros de cuentos.

Ha obtenido los siguientes premios literarios:

Premio de la revista "Juventud Técnica" de cuentos cortos de ciencia ficción, 1988.

Premio David de ciencia ficción, 1988 con el libro de cuentos "Timshel".

Premio Plaza de ciencia ficción, 1990.

Premio de cuento de la revista "Revolución y Cultura", 1992 con "Las avispas no saben llorar".

Premio de cuento "Ernest Hemingway", 1993.

Mención en el Premio UNEAC de novela "Cirilo Villaverde", 1993 con "La cáscara de los perdedores".

Finalista en el Premio "Casa de las Américas" de novela, 1994 con "Jugando a rumiarse el tiempo".

Seleccionado en la segunda convocatoria del concurso Los Pinos Nuevos, 1995 con el libro de cuentos "W".

Mención en el Premio UNEAC de cuento "Luis Felipe Rodríguez", 1995 con "Reina es la noche".

Mención en el Premio de cuentos de la revista "La Gaceta de Cuba", 1996 con "Huéspedes".

Premio único en el concurso «Luis Rogelio Nogueras» de Literatura de ciencia-ficción, fantástica y policíaca, 1998 con «Los Pecios y los Náufragos».

Ha publicado:

"Los delfines no son tiburones" (cuento), La Gaceta de Cuba, 1988.

"Timshel", Ediciones UNION, 1990.

"Las avispas no saben llorar" (cuento), Revista Revolucióin y Cultura, 1992.

"Rufus el suicida" (cuento) en la antología "Los últimos serán los primeros", editorial Letras Cubanas, 1994; en la antología "Fábula de Ángeles", editorial Letras Cubanas, 1994; en la revista suiza "Entwürþ & Zündschrift", 1995.

"Balsatur S.A." (cuento) en la antología italiana "Alabbra nude", Feltrinelli, 1995; en "Revista de la Universidad de Antioquía" (Colombia), 1995.

"Reina es la noche" (cuento) en la revista italiana "MAX", 1995; en la antología italiana "La baia delle gocce notturne", BESA, 1996.

"Despertarte, sentirte, pensar" (cuento) en la antología anterior.

"Carne de cercanía" (cuento) en La Gaceta de Cuba, 1996; en la antología "El cuerpo inmortal", Letras Cubanas 1997.

"W" (libro de cuentos), Letras Cubanas, 1997

"El Encanto de Fin de Siglo" (noveleta a cuatro manos con el escritor italiano Danilo Manera) en la antología "Vedi Cuba e poi muori", Feltrinelli, 1997.

"Los meandros de la historia", en Axxón 51.

"Trabajadora social", en Axxón 56.

"La maza y el hacha", en Axxón 83.

"Destrúyenos porque nos amas", en Axxón 94.

"El tiempo de la fe", en Axxón 97.

“El arma”, en Axxón 106.
“El performance de la muerte”, en Axxón 110.
“Las chimeneas”, en Axxón 113.
“Ese día”, en Axxón 128.

Axxón 132 - noviembre de 2003
Ilustró: Valeria Uccelli

Fantasmas del vendaval

Marcelo Dos Santos

El misterioso lobo-zorro de las Malvinas

> “El número de esos lobos disminuye con rapidez; han desaparecido ya de la mitad de la isla que se encuentra al oriente de la lengua de tierra que se extiende entre la bahía de San Salvador y el estrecho de Berkeley. Dentro de algunos años, cuando estas islas estén habitadas, sin duda a ese zorro se le podría clasificar, como al dódo, entre los animales desaparecidos de la superficie de la Tierra”.
>
> —Charles Darwin, 17 de mayo de 1834

Existió en territorio argentino un soberbio animal que ninguno de nosotros llegó a ver.

Existió un depredador inteligente y bello, parte del patrimonio argentino que se fue para siempre como consecuencia de la dejadez y la desaprensión de los gobiernos y las gentes.

Existió un animal del que sabemos muy poco, casi todo gracias a científicos y cronistas extranjeros.

El **Warrah**, el lobo-zorro de las Malvinas, se fue para siempre un infausto día del siglo XIX.

Nunca volveremos a verlo, pero nos duele el corazón al pensar en él, porque nos quitaron algo nuestro. Algo bello. Una cosa más que nos robaron los ingleses.

El hábitat del warrah

El lobo-zorro, el Warrah, fue la única especie de mamífero superior terrestre de nuestras islas Malvinas (nota para los lectores no argentinos: **SÍ, las Malvinas son argentinas, se encuentran en la plataforma continental argentina y en el mar jurisdiccional argentino**). El único. Si bien hay otras especies de mamíferos indígenas de nuestra Malvinas, todas ellas son marinas.

Pero el warrah era una especie singular, extraordinaria, que, se dice, depredaba con inteligencia sobre los huevos de los pingüinos malvineros y las crías de lobos marinos y focas. Según relata David Alderton en su obra *Foxes, Wolves and Wild Dogs of the World*, quien describió al warrah por primera vez fue un marinero británico de la fragata HMS Warfare, que visitó el archipiélago en 1689. El inglés

de marras escribe en su diario que el warrah medía 60 cm. de alzada (grande para un zorro) y que su pelaje era marrón rojizo y gris. Las orejas eran negras y el vientre pálido. Parecía un lobo con las patas cortas como un zorro. El marino refiere que acostumbraba ladrar como un perro, lo que le ganó las simpatías de los tripulantes, que no lo perseguían.



El warrah según lo imagina un artista

Sin embargo, tristemente, la introducción del ganado lanar por los pobladores españoles alrededor de 1700 marcó el comienzo del fin para el pobre warrah. El depredador, habituado a guardar el delicado equilibrio ecológico de un sistema cerrado como las islas, y acostumbrado a ganarse un magro y dificultoso (amén de peligroso) sustento entre pájaros marinos, plantas y lobeznos de mar, encontró -se dice- en las ovejas una vía más económica de sobrevivir. Se cuenta, entonces (aunque ello, como en el caso del lobo marsupial de Tasmania, no está documentado) que el warrah cambió de dieta, y que los corderos malvinenses se convirtieron en protagonistas primordiales de sus festines.

La persecución no se hizo esperar. Los gauchos argentinos cazaban a los warrahs en grandes números. El procedimiento, de tan simple, es aterrador: dada la confiada personalidad de los lobos-zorros, ofrecían al animal un trozo de asado con la mano izquierda. Cuando el lobo se acercaba (¡para comer de la mano del hombre, al que no temía!), el gaucho lo apuñalaba en el cuello con el facón en la mano derecha, que hasta entonces había tenido oculta tras la espalda.



El alimento del warrah

Con la conquista inglesa de las islas, los ovejeros británicos apelaron a métodos más expeditivos y menos artesanales: simplemente sembraron todas las islas con cebos envenenados, y cosecharon una monstruosa cantidad de pieles de warrah, de excelente calidad y altísimo precio en el mercado norteamericano.

El biólogo Charles Darwin, que visitó nuestras Malvinas en 1833 a bordo de su nave "Beagle", comprendió que la población de los warrahs disminuía a ojos vista, y que, de no ponerse coto a su persecución, la extinción estaba garantizada a corto plazo.

Y no se equivocaba el Padre de la Evolución: en 1869, haciendo lugar a las quejas de los productores lanares, el gobierno inglés de las Malvinas comenzó a pagar recompensas de a libra por cuero de warrah. La especie ya estaba condenada. El único warrah en cautiverio había muerto en el Zoológico de Londres el año anterior, y el último salvaje de las islas fue muerto a tiros por un estanciero inglés en 1876, a siete años de la vigencia de la recompensa y sólo 43 años después de la ominosa y clarividente predicción de Darwin que abre este artículo.



Reconstrucción más ajustada de un warrah

Pero, al igual que en el caso del lobo marsupial (*Tasmanian Tiger* o *Thylacinus cynocephalus*), es muy posible que las acusaciones de depredar ovejas contra el warrah sean falsas de toda falsía. Se ha demostrado recientemente (2002) que las ovejas muertas supuestamente por el lobo marsupial habían sido devoradas, en realidad, por bandas de perros vagabundos (*Canis lupus familiaris*) dejados en libertad por los primeros pobladores ingleses de Tasmania. En la misma línea de pensamiento, no hay una sola prueba documental o instrumental de que el warrah se haya acercado siquiera a las muy británicas ovejas malvineras.

Así que, encima, es probable que su aniquilación haya sido injusta y amañada. Ni siquiera sabemos con certeza que comiera ovejas. Nuestros conocimientos sobre la alimentación del warrah son, como máximo, deducciones de Darwin y otros investigadores del siglo XIX. Con respecto a sus hábitos reproductivos y a su comportamiento social, directamente no sabemos nada.

Los zorros, estrechamente emparentados con otras especies de cánidos como el lobo (incluyendo al perro, subespecie de este último), el chacal y el coyote y, a través de ellos, con los osos, están ampliamente distribuidos por nuestro planeta.



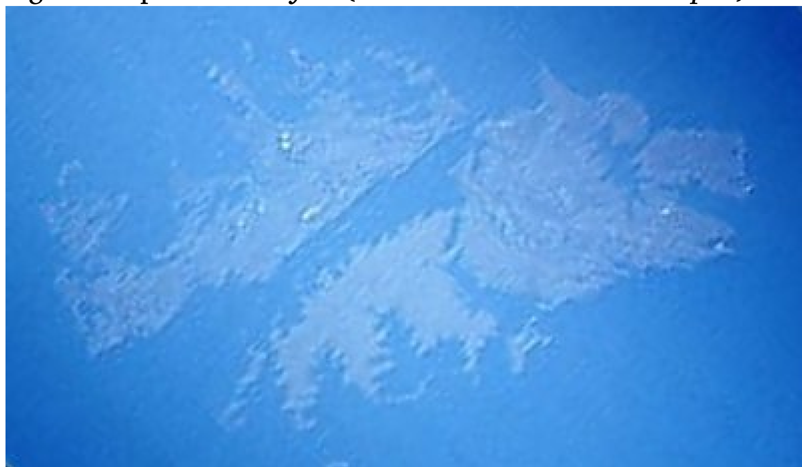
Un warrah (reconstrucción)

El más común de los zorros, el zorro rojo (*Vulpes vulpes*, no confundir con nuestro zorro colorado), se extiende por Europa, Asia, el norte de África y Norteamérica. Otras especies del mismo género, *V. velox* y *V. macrotis* son endémicos de Nuevo México y Texas. Otras especies de *Vulpes* habitan en Asia y África.

El precioso zorro gris, *Urocyon cinereoargentus* ostenta, como su nombre lo indica, un manto plateado ceniciento que, infortunadamente para él, lo hace muy apreciado en peletería.

El elenco zorruno se completa con el espectacular zorro ártico (*Alopex lagopus*) y el pequeño y simpático feneco (*Fennecus zerda*) de grandes orejas, pequeño tamaño y preclara inteligencia.

Sin embargo, el extremo austral de Sudamérica alberga otro género de zorros: el zorro colorado patagónico (*Dusicyon culpæus*), que, según algunos, fue introducido desde Europa en el siglo XIX. Si tal aseveración fuese cierta, no habría motivos para que difiriese tanto del género *Vulpes*. Su dimorfismo es tal, que, en rigor, se lo clasifica en un género aparte: *Dusicyon* (también llamado *Pseudalopex*).



Las Malvinas desde un satélite

El warrah o lobo-zorro de las Malvinas, también llamado zorro isleño, zorro de las Malvinas, zorro-lobo, zorro-lobo de las Malvinas y (erróneamente) zorro antártico, recibió su primer nombre científico (erróneo también) del zoólogo alemán Bechstein: *Canis antarcticus.* Fue descripto como una especie de zorro, similar al zorro patagónico (por Kerr en 1792, díganme que fue introducido en Argentina en el siglo XIX), y redenominado (esta vez con más acierto) como *Dusicyon australis*.

El warrah era confiado y manso, de estructura robusta y medía unos 120 cm de largo de la punta de la nariz a la punta de la cola. Su hermoso pelaje era muy tupido, suave y delicioso al tacto, con pelos pardoamarillentos de punta negra. Su cuello y patas eran amarillos o bayos, y el vientre, la garganta y los labios, blancuzcos.



Zorro colorado patagónico

Los rasgos físicos más distintivos del lobo-zorro eran sus orejas, grises y aterciopeladas por dentro y amarillas por fuera, y su cola exhuberante, parda en la base, negruzca en la parte media y con un llamativo penacho blanco en el extremo. Esta extraordinaria característica sólo se encuentra actualmente en el aguará-guazú entre todos los cánidos sudamericanos.

Oldfield Thomas, un mastozoólogo británico, observó a principios del siglo XX que las dos islas mayores del archipiélago malvinense albergaban poblaciones de warrahs que guardaban diferencias morfológicas entre sí: los de Gran Malvina eran más pequeños y más rojizos, mientras que los de Soledad eran mayores y de pelaje más oscuro. Así, decidió dividir a los warrahs en dos subespecies: llamó *Dusicyon australis sp. australis* (Kerr, 1792) a la variedad de Gran Malvina y *Dusicyon australis sp. darwinii* (Thomas, 1914) a la subespecie de Soledad, en el convencimiento de que ésta era la que había sido descripta por Darwin en su célebre viaje.

El hecho de haberse extinguido hace más de un siglo, antes de haber podido ser estudiado concienzudamente, y la dramática falta de ejemplares conservados, han complicado su clasificación sistemática. Aún hoy día, algunos autores siguen afirmando que *Dusicyon* era un subgénero del género *Canis* (lo que aparenta ser una exagerada simplificación), mientras que los más estrictos aseguran que el nombre específico de *Dusicyon* debe reservarse exclusivamente al lobo-zorro, mientras que las especies patagónicas emparentadas deben seguirse llamando *Pseudalopex* para evitar confusiones.



Dingo australiano

Los defensores de la pertenencia del warrah al género *Canis* han manifestado que todos los demás estaban equivocados, aseverando que *Dusicyon* debía ser incluido en *Canis* porque era tan perro doméstico como *Canis dingo* lo es en Australia. El "pequeño" detalle que invalida este absurdo es que, precisamente, para ser considerada doméstica, una especie debe estar asociada arqueológicamente con restos humanos, siendo que jamás se ha encontrado en Malvinas evidencia alguna de la presencia humana en tiempos prehistóricos. Por lo que a la ciencia seria respecta, el único mamífero superior terrestre que ha habitado jamás nuestro archipiélago es el bueno de *Dusicyon australis*.

En los oscuros y terribles vendavales y nevadas del grupo de islas, la vida del warrah ha de haber sido dura, difícil y sombría. Se ha escrito que, en las épocas en que no podía obtener crías de mamíferos marinos ni huevos de aves para alimentarse, el pobrecito zorro se veía obligado a frecuentar las turberas, playas y pajonales de las costas, para malvivir a base de restos de mariscos y carroña. Los nidos de los pingüinos y cauquenes debieron conocer su noble estampa cuando, acuciado por el hambre, debía renunciar a la carne fresca para pasar a una dieta de pichones y huevos.



Concepto pictórico del warrah, basado en descripciones

Cavaba, dicen, profundas madrigueras para proteger a sus cachorros de los vientos y las bajas temperaturas, y su naturaleza mansa y calmada nunca se modificó, aún después de que doscientos años de genocidio a manos del hombre le hubiesen demostrado cabalmente que esa especie bípeda y traicionera no era digna de su confianza. Tan tarde como en 1873, el hombre seguía llamando al warrah con un silbido, y el lobito se acercaba, buscando una mano amiga o acaso un trozo de charquicán o de tocino.

Por supuesto, lo único que encontraba era el acerado filo del puñal cruel buscando su garganta.

Y fue así que el warrah fue empujado al exterminio, convirtiéndose en la primera especie oficialmente extinta por la depredación humana en el territorio argentino. Cuenta la leyenda, también, que el lobo-zorro fue la única especie exterminada en forma deliberada en un solo día: según algunas fuentes, una noche de marzo de 1876, todos los ovejeros ingleses de Malvinas, armados de palos, fusiles y veneno, asaltaron las zonas de reproducción de los pocos warrahs sobrevivientes y los mataron a todos.



***D. culpœus**, acaso lo más cercano al warrah que veremos con vida*

El último ejemplar que se vio con vida había sido regalado, de cachorro, por los tripulantes de una goleta lobera a unos pobladores de la Isla Pavón en 1875, según cuentan los memoriosos de Comandante Luis Piedrabuena, en la Provincia de Santa Cruz.

El warrahcito, modelo de dulzura y buen comportamiento, vivió entre la gente como animal doméstico perfectamente adaptado hasta abril de 1876. Una tarde se lanzó al río Santa Cruz y se alejó nadando, y nadie volvió a verlo jamás.

Las pieles de warrah fueron procesadas durante años por una planta industrial norteamericana asentada en las Malvinas y exportadas al "gran país del norte". Hay quien dice que, si los cueros de su pariente fueguino (el culpeo, foto de arriba) son apreciadísimos por la industria peletera, el de *Dusicyon* era de mejor calidad aún. Cientos de miles de piezas se exportaron durante más de dos siglos, y reportaron multimillonarias ganancias y tasas impositivas a granel.

No es extraño que se culpara al pobre lobo de depredar ovejas: con tal de tener una excusa para aniquilarlo y vender sus cueros, igualmente podría habérsele imputado el asesinato de Kennedy o la oprobiosa caída del Imperio Romano de Occidente.

Quedan por explicar dos misterios acerca del fantasmal lobito del vendaval.

El primero de ellos es su nombre común: warrah.

Desde hace años me llamó la atención que el principal periódico inglés de las Malvinas llevara precisamente ese nombre, "Warrah", por su connotación y sonido indígena.

Al poco tiempo me convencí, y varias fuentes coinciden, en que "warrah" es una corrupción fonética inglesa de la palabra guaraní

“guará”, que significa “zorro” y se pronuncia casi exactamente igual.

Sin embargo, el nombre “warrah” para describir a la especie que nos ocupa se usa desde los albores del siglo XVII. Es seguro, entonces, que gauchos o peones de campo argentinos o paraguayos fueron llevados a Malvinas por sus patrones españoles y siguieron prestando servicios -ellos o sus descendientes- a sus nuevos empleadores británicos luego de la captura de las islas.

Porque el idioma guaraní sólo es hablado en la Argentina por grupos humanos del litoral nordeste (correntinos, chaqueños, formoseños o misioneros) y es una de las dos lenguas oficiales de la República del Paraguay.

Nadie ha podido, hasta el día de hoy, ofrecerme una mejor teoría.

La segunda pregunta misteriosa (acaso más perturbadora) gira alrededor de la procedencia del lobo-zorro de las Malvinas.

El caso del dingo (con el cual, como queda dicho, se ha intentado infuctuosamente trazar un paralelismo), puede explicarse a través de las antiguas migraciones humanas del Sudeste asiático hacia Australia. Hace unos 5000 años, los navegantes asiáticos pueden haber llevado lobos indios (*Canis lupus pallipes*) o árabes (*C. l. arabs*) en sus canoas, trasladándolos a Australia como auxiliar en la caza o simplemente como comida viva, ganado menor en pie. Luego de tantos siglos aislado de sus congéneres (también único mamífero placentario terrestre de la gigantesca isla-continente), *Canis dingo* persistió sin mezcla como perro de pura raza.

Pero no parece que sea éste el caso del lobo malvinero. Si no se ha encontrado siquiera una sola evidencia de presencia humana en la isla antes de los tiempos modernos, ¿cómo se supone que debamos entender la existencia del warrah en nuestro archipiélago?

Tres teorías, todas sin comprobar (y tal vez nunca lo sean) pero muy interesantes, han tratado de explicar este interrogante.

La primera, ya citada, refiere el traslado de zorros patagónicos a las islas por antiguos navegantes canoeros. Se la considerará errónea hasta que se encuentren restos arqueológicos (lo que, a esta altura, parece ya altamente improbable).



Las Malvinas en Gondwana

Una segunda apunta a la situación de las Malvinas en el supercontinente Gondwana. Como se observa en el mapa, las Malvinas (señaladas con un círculo) estuvieron, hace 130 millones de años, en el preciso centro de una aglomeración supracontinental que incluía a Sudamérica, África, la India, la Antártida y Australia. ¿Pudo un antepasado de los mamíferos quedar atrapado en esas islas y evolucionar independientemente para devenir en nuestro perdido warrah cuando ellas quedaron aisladas en medio del mar? Es muy improbable. Ningún mamífero de nota vivía en Gondwana en aquellos tiempos, y es muy poco probable que un dinosaurio, antepasado de un mamífero carnívoro, haya evolucionado hacia el zorro sin dejar huella paleontológica de tipos ancestrales como osos o, más atrás, reptiles parecidos a mamíferos. De hecho, en Malvinas no se han hallado fósiles de saurios en absoluto.

La tercera y quizás más razonable explicación refiere a tiempos más recientes: hace unos dos millones de años, en el Pleistoceno, las Malvinas estuvieron o pudieron estar unidas a Santa Cruz por un puente de tierra. A través de él pudieron los zorros patagónicos llegar caminando hasta Malvinas. Si el puente no existió, al menos sí se sabe que el nivel del mar era mucho más bajo en aquellos tiempos (unos 80 cm en promedio en esa zona), por lo que algunos warrahs grandes pudieron llegar caminando por el fondo sin prácticamente mojarse los bigotes.



Dingo en su hábitat

Sin puente, la teoría no explica qué comieron los warrahs durante el ímprobo trayecto de 450 km. Con las patas en el agua (a menos que hayan aprendido a pescar), ni por qué, si los zorros pudieron ir caminando por el agua, no se les ocurrió lo mismo a otros animales de igual o mayor porte (guanacos o ñandúes o incluso al hombre, ya que el período Pleistoceno culminó hace sólo 10000 años). Con puente, tampoco explica por qué sólo el warrah decidió emigrar, ni por qué no hemos hallado restos humanos en las islas.

Es probable que estas dos cuestiones acerca de nuestro bello lobito austral permanezcan en el misterio para siempre.

Nada nos queda del warrah, de modo que ni siquiera podemos concer su aspecto con certeza: pese a lo abundante que fue, hay hoy sólo dos mandíbulas, once cráneos, seis cueros rellenos y dos ejemplares embalsamados, dispersos entre distintos museos del mundo. Puede vérselos y añorárselos en Londres (*British Museum of Natural History* y *Museum of Royal College of Surgeons*), Estocolmo (*Naturhistoriska Riksmuseet*), Filadelfia (*Academy of Natural Sciences*), Bruselas (*Institut Royal des Sciences Naturelles de Belgique*) y Leyden (*Rijksmuseum van Naturlijke Historie*). Había también algunas piezas en le Museo de Historia Natural de París, pero se han perdido, fueron robadas o han sido destruidas.

En la Argentina, fieles a nuestra desaprensiva costumbre, nada. Ni un cráneo, ni un diente, ni siquiera un pelo de warrah. Y no porque se hayan perdido: nunca los hubo. Nunca nadie se ocupó jamás de conservar un testimonio acerca de nuestra primera especie aniquilada.

A pesar de su amargo y trágico destino, hay quien dice que, en las tormentosas noches malvinenses, entre el rugido del viento antártico pueden escucharse sonidos que semejan unos agudos, cortos, nerviosos ladridos. No es el grito de las aves en sus nidos: no es el golpe del mar contra las rocas.

Es el gemido insomne de las almas de los warrahs, perdidos para siempre y convertidos en tristes y solitarios fantasmas del vendaval.

"1984" y el poder despótico

Antonio Mora Vélez

A Raymundo Berrocal Escobar [*]



Leer "1984" de George Orwell (1903-1950) nos conduce a mirar, indefectiblemente, hacia el estalinismo soviético y el nazismo alemán, con todas sus aberraciones. La novela, publicada en Inglaterra en 1939, es la historia de rebeldía de un miembro del partido, de nombre Winston Smith, quien se enfrenta, infructuosamente, contra el despotismo del Gran Hermano y del "Ingsoc" (socialismo inglés) imperantes en Oceanía, y falla en su intento de hacer parte de una secta secreta que cuestionaba las bases de esa sociedad. Oceanía, uno de los tres grandes Estados en que se encuentra dividido el mundo, está en guerra permanente con los otros, Eurasia y Asia Oriental, gobernados, respectivamente, por el Neo-bolchevismo y por una ideología que se define en chino con una palabra que traduce "**desaparición del yo**".

Orwell, a diferencia de lo que se cree, no era un hombre de derecha, un defensor a ultranza del capitalismo; todo lo contrario. Fue militante izquierdista durante la guerra civil española, y en varios de sus escritos periodísticos dejó bien clara su posición crítica frente a la sociedad inglesa de su tiempo y frente a las posiciones del Partido Laborista, partido que —según él— bajo supuestos principios socialistas, adoptaba medidas en contra de los

trabajadores, y que tenía en su seno tendencias fascistas, deducibles, tal vez, del apoyo a Hitler en 1939. Pero tampoco simpatizaba con el comunismo ruso; se quejaba de que los izquierdistas europeos lo consideraran "socialismo" cuando, en su opinión, pisoteaba los principios socialistas y acababa con la libertad en nombre de la "democracia proletaria". Orwell fue un socialista democrático y un defensor de la independencia crítica del escritor frente a la sociedad y el Estado. Sólo desde esta perspectiva es posible hacer una lectura de "1984" que no caiga en el facilismo de considerarla solamente como literatura de combate contra el comunismo, lo que ocurrió por los tiempos de su publicación en los Estados Unidos (1949), en plena era del "macartismo".

El Poder

El Poder es el tema central de la obra. Más exactamente: la **alienación** del Poder en manos de "Ingsoc" y el Gran Hermano. Para O'Bryen, el policía que captura y tortura a Smith, "…el Partido quiere tener el poder por amor al poder mismo. No nos interesa el bienestar de los demás, sólo nos interesa el poder". A diferencia de los regímenes anteriores, el nazi alemán y el comunista ruso, quienes tomaron el poder para realizar ideales políticos y de justicia, el poder del "Gran Hermano" era un fin en sí mismo. "No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace una revolución para establecer una dictadura", dice O'Bryen. Pero el poder es colectivo. "El individuo sólo detenta el poder en tanto **deja de ser individuo**", agrega.

La "Neolengua"

Para mantener ese poder, el "partido interior" (que se confunde con el Estado) apela a la "Neolengua", idioma oficial de Oceanía que contiene palabras que significan lo contrario de lo que parecen indicar (El Minipax —Ministerio de la Paz— hace la guerra, por ejemplo) y con el cual aspiraba a evitar que los hombres pensaran por sí mismos y toda desviación respecto del pensamiento colectivo del partido, que siempre dice la verdad. Pero, a diferencia del lavado de cerebro que hacían los comunistas rusos con la ideología, éste de "1984" con el lenguaje no dejaba huella alguna. El disidente soviético se iba a la tumba con su inconformidad y su odio; el de Oceanía era convencido de su error y moría jurando fidelidad sincera al partido, al "Gran Hermano" y al régimen, como le ocurrió

a Winston Smith.

Los “proles”

Por fuera del poder están los “proles”, quienes eran considerados inferiores aunque podían tener vida privada y gozar de ciertas libertades vedadas a los miembros del partido. No eran vigilados por las *telepantallas* y la *policía del pensamiento* no se interesaba en ellos sino cuando tenía que eliminar “a los pocos considerados capaces de convertirse en peligrosos”. Sólo eran tenidos en cuenta para exigirles cuotas extras de trabajo o soldados en el frente de batalla. Winston Smith piensa en los “proles” como fuerza para derrotar la dictadura del partido, pero al final se convence de que nada se puede esperar de ellos si “El duro trabajo físico, el cuidado del hogar y de los hijos, las mezquinas peleas entre vecinos, el cine, el fútbol, la cerveza y sobre todo, el juego, llenaban su horizonte mental”.

La Historia

Hay, en esta sociedad de “1984”, un equipo de miembros que tiene como misión el cambio de la historia en los textos y documentos. Winston Smith hacía parte de él. Era una tarea indispensable para evitar la inconformidad de los “proles” (que no tendrían otra realidad con que comparar la suya) y mantener la unidad del partido. Esta tarea la realizaba el Ministerio de la Verdad, cuya acción no se limitaba a los documentos históricos, como en las sociedades totalitarias anteriores, sino que incluía el pensamiento. Había que borrar ese pasado del recuerdo para evitar que los hombres, incluso los del partido, pensaran en que alguna vez fue diferente; y la razón es que el partido “se halla en posesión de la verdad absoluta y, naturalmente, lo absoluto no puede haber sido diferente de lo que es ahora”.

Obra de Anticipación

La sociedad descrita en “1984” es posterior al fracaso del laborismo inglés, del liberalismo norteamericano y del comunismo ruso, imaginado por Orwell. Si bien hay en su caracterización muchas semejanzas con el régimen soviético, la exclusión de la propiedad y la familia para los miembros del partido, la distancia (ideológica y

física) entre éste y el proletariado, la concepción diferente del partido y de las clases, colocan esta obra como anticipatoria de una sociedad global post-nuclear que, desde luego, no existió en 1984 ni existe aún, pero que, en la perspectiva orweliana, es la lógica consecuencia de sus antecesoras.

Orwell nos quiso prevenir de esa sociedad en la que el Estado se apodera de todo y convierte al individuo en una pieza de un engranaje monstruoso al servicio de la guerra, convertida en interminable y necesaria para la estabilidad del sistema. "El objeto de la guerra no es conquistar territorios ni defenderlos, sino mantener intacta la estructura de la sociedad", dice Enmanuel Goldstein, el ideólogo de la secta secreta. No se requiere mucha imaginación para ver que algunos rasgos de Oceanía —integrada por América, Gran Bretaña, África meridional y Australasia, según Orwell—, se perfilan en las grandes potencias de hoy.

La guerra —para satisfacer los negocios de la industria armamentista y obtener fuentes de materias primas—, la persecución y muerte a los disidentes, el bombardeo permanente de desinformación en los medios de comunicación, la demagogia de los discursos oficiales para hacerle ver a los "proles" una cosa y hacer otra, la supresión de las garantías individuales y la degradación de la Justicia por parte de los organismos judiciales, definen no sólo a la "Oceanía" de Orwell y al comunismo soviético sino a varios países del capitalismo contemporáneo.

El Mensaje

En lo esencial la obra apunta a señalar que allí donde el Estado constriñe el papel del individuo y se autoerige en representante único de la sociedad, pretendiendo brindarle felicidad a la población a cambio de su libertad, la tendencia al despotismo, que le es intrínseca, aflora y convierte al hombre en un ser unidimensional y a la población en un conglomerado de seres anodinos que se limitan a pensar con las ideas del Establecimiento.

"1984" es un llamado a la lucha en favor de la persona humana, que es anterior y por lo tanto más importante que el Estado, y en favor de la vida y la libertad de conciencia, que son los más importantes valores de la modernidad, y que ningún Estado tiene el derecho de conculcarle a sus asociados. Y es también una advertencia sobre los peligros del necesario desenlace fascista del poder en naciones con una sociedad civil débil, incapaz de frenar las ambiciones desmedidas de los gobernantes y de los grandes propietarios.

Nunca antes una obra de ciencia ficción había adquirido tal importancia por su carácter premonitorio como ésta de Orwell, en estos tiempos de incertidumbre en los cuales la prepotencia del poder se encubre con frases de aparente tributo a la democracia y a la individualidad, la guerra se convierte en parte de las necesidades de supervivencia del sistema y se hace en nombre de la libertad, y en donde ya hay más de un gobernante esquizofrénico con aspiraciones serias de llegar a ser el "Gran Hermano" de "1984".

Sincelejo, septiembre 20 de 2003

[*] Intelectual, abogado y lector infatigable de Montería (Colombia), quien me solicitó la escritura de este artículo hace quince años, promesa que hasta hoy le cumplo.

Anacrónicas

Otis



por **Otis**

No han, en esta radiante mañana de temprano estío meridional, transcurrido más que unas pocas jornadas desde la tarde aquélla en que, hallándome yo desplazando mi sutil masa a regular velocidad por sinuosos senderos públicos, movido por el atlético propósito de prolongar la existencia en el tiempo de mi apolínea condición, acercóseme un espigado caballero, vestido todo él de perfectamente emisor negro bajo el inmisericorde espectro solar, quien plantóse impertinente en mi prefijada trayectoria y, con tan socarrón cuanto caricaturesco mohín, preguntóme: “¿Cree que algún día habrá artículos de ciencia ficción en su sección de ciencia ficción?”.

Por cierto tengo, como que la enana amarilla que refulge ahora en la ventana a mi diestra alúmbrame con especial esmero y a mi egregia persona dedica sus fotones mejores, que habré de ser algún día llamado a dar cuenta de la inmeditada reacción de mi parte de la que el nasal tabique de tal mentado señor fue poco menos que inmerecida víctima; y que tal arrebatado acto habrá de apuntarse entonces en

la debitual columna de mi contabilidad existencial. Pues he de admitir que, pese a su inapropiadamente cínica actitud y a su irritante apariencia de *stella rockis*, aquel inurbano guasón hallábase matemáticamente en lo correcto; puesto que en la feliz media órbita terrestre que toca la existencia de nuestras ya enraizadas *AnaCrónicas* en el mundo cuasimaterial de las electrónicas ideas, en falta échase un interés mayor por las manifestaciones artísticas del género que beatíficamente nos aglutina. Vano sería ahora señalar con censores índices a los veros causantes de este entuerto, entre cuyos nefandos nombres no se halla humillado el mío mas he de ser forzosamente yo quien, una vez más, salte al ruedo a restituir el honor y el decoro de ésta nuestra sección, la cual desgarrante dolor causaríanos en caso de caer debido a mi hipotética aunque harto improbable desidia en sórdidas e impiadosas manos. ¡No consientan los hados que tal acontezca, e ilumínenme las horoscopeicas estrellas en mi afanoso y noble camino! Es para marcar el acabóse del ya nombrado y contumaz desliz que he enérgicamente resuelto que la presente edición de *AnaCrónicas* sea consagrada en su casi totalidad (con la siempre honrosa excepción del normativo episodio mensual de la ya por todos vosotros encumbrada epopeya criolla) al tan inicuamente vituperado y sin embargo tan digno género de la narrativa verboicónica, conocida entre el vulgo con los apelativos de “historieta”, “cómic”, “tebeo” y tantas otras variaciones dialectales; así como a sus múltiples vertientes en diversos sustratos. ¡Sea, aquí tenéis lo que con tanto ahínco reclamabais! ¡Ya no os queda acerca de qué plañir, viles mendigos de

atenciones, como no sea de vuestras vísceras de regios manjares ahítas!

Reseña: El diario del mariposón

Otis

En su despedida de soltero, el historietista de Nueva Orleans Shougard Kane fue sometido por sus “amigos” a la tradicional institución del Paseo Sin Ropa En Baúl De Auto. Cuando al fin pudo salir, comprobó con sorpresa que el vehículo (con él adentro) había sido abandonado en las afueras de la localidad de Lapeloosa, Louisiana, a más de doscientos kilómetros del punto de partida.

Así comienza la historia de *The Butterman Papers*, narrada y dibujada por su propio protagonista, que ha sido un gran éxito en los Estados Unidos y ahora llega a los hispanoparlantes de la mano del editor español Gil Antúnez con su casa especializada en cómics, Gil A. Cuadros.

La historieta está basada en los testimonios y recolecciones que el propio Kane hizo tras pasar la primer noche en la estación de policía del pueblo por exhibicionismo. Allí mismo, su compañero de celda le habló del “Mariposón” (*Butterman*), un ser sobrenatural que merodeaba el lugar desde hacía años y al que muchos testigos describían como “un hombre de unas trescientas libras (penique más, penique menos) vestido con ajustadas mallas de baile y alitas de tul, al que a veces se ve revolotear en torno a las luces de la calle”.

El misterio no era sólo aerodinámico. El hecho de que este fenómeno se manifestara en un sitio cuya economía se sustenta en la elaboración de azúcar de caña, según el propio Kane, no era casual.

“Una mariposa tan grande necesita quemar una gran cantidad de azúcar para mantenerse en vuelo”, dice en uno de los globos de diálogo a página completa que medran a lo largo del volumen. Lo que sorprende es la estrategia que, según se cuenta, utilizaba este ser para hacerse del energético alimento: en lugar de tomar por asalto los camiones que con su dulce carga transitan aún hoy por la ruta que atraviesa el pueblo, *Butterman* prefería deslizarse por las ventanas abiertas en las noches de verano. Una vez dentro, exigía a los ocupantes de la vivienda todo el azúcar de que dispusieran, abundantemente espolvoreado sobre rebanadas de pan con manteca. Todo esto acompañado, obviamente, por varios baldes de leche tibiecita. Tras saciar su hambre bestial, e inmediatamente antes de alejarse volando bajito del lugar, solía hacer alguna profecía. Si alguna vez tales vaticinios se cumplieron es difícil de decir, pues el Mariposón solía pronunciarlos mientras aún masticaba el último pedazo de pan y rara vez se le entendía algo.

Los monstruos suelen tener su leyenda, y la de *Butterman* habla de la ira y la frustración de un voluminoso ciudadano de Lapeloosa llamado Orson Purcell cuando a su hermana Gwendolyn, por no cumplir con los requisitos de medidas corporales, se le impidió participar en la elección de la Reina Nacional del Azúcar, la cual se celebraba todos los años en aquella localidad del sudeste norteamericano. El que jamás nadie hubiera sabido antes de Gwendolyn, o que ésta fuese notablemente parecida a su hermano con peluca, fueron hechos que pasaron a segundo plano luego de que Orson se lanzara al vacío desde la torre del edificio del

ayuntamiento. Se cuenta que mientras caía, se lo oyó decir: “Ya verán, mi espíritu regresará ligero como el de una marip…”, y no dijo mucho más, porque la torre del ayuntamiento de Lapeloosa no es muy alta.

Precisamente, Kane fue testigo de la fatídica elección de la Reina del Azúcar de 1999, al cumplirse treinta años de aquel episodio. Esa noche, cuando todas las concursantes posaban sonrientes sobre el escenario armado a la intemperie, aguardando impacientes la decisión del jurado, la figura de *Butterman* se materializó en lo alto y vociferó: “¡Ja ja! Les dije que iba a vengarme. ¡Ahora verán!”. Y entonces… Bueno, si lo dijera aquí no tendría mucho sentido leer la historieta.

Con un estilo gráfico sencillo y sintético que recuerda por momentos al de mi primo Clemente cuando juega al *Pictionary*, la historia se va construyendo sobre un *crescendo* dramático que las continuas e interminables digresiones egocéntricas del autor no logran sabotear por completo. Finalmente la tensión que pese a todo logra acumularse termina por estallar en una conclusión de visos escatológicos.

“Sabía que estaba allí por un motivo —diría años más tarde Kane en una entrevista—. No habría podido abandonar Lapeloosa hasta que documentara todo y resolviera el misterio.” Que el misterio haya quedado resuelto no está muy claro, pero lo cierto es que la publicación de la historieta efectivamente le aportó a su autor dinero suficiente para pagar el pasaje de regreso a Nueva Orleans y, de paso, vivir como un rey el resto de su vida.

El mangazo

Andrés D.

¡Que suenen las trompetas, que aquí llega otro informe del notero comodín estrella de *AnaCrónicas*! Nuestro bienaventurado jefe de sección, tras recibir mi quincuagésimo octavo reclamo por escrito de que se me asignara algo que valiera la pena, ha vuelto a optar por fingir hipoacusia y me ha encomendado a renglón seguido desplazarme en transporte público hasta las antípodas para realizar la cobertura de "El Mangazo", la convención mundial de manga y animé.

Antes de comenzar, creo necesario aclarar un par de cosas. La primera es que mis recuerdos del acontecimiento no están del todo claros. La experiencia me saturó todos los sentidos, incluyendo dos o tres que ignoraba que tenía. Todavía estoy haciendo reconexiones neurales para terminar de asimilar todo lo que vi, y eso que no vi mucho. Describiré lo que recuerdo, lo cual puede no coincidir exactamente con la realidad. Y es a propósito de esto que tengo que hacer la segunda aclaración: en mi crónica hay cosas raras.

Esas cosas raras empezaron apenas salí de mi casa, cuando en la parada del colectivo me encontré un mamut. No, por supuesto que no era un mamut de ésos que pueden verse en los museos y los billíkenes. Éste era un mamut bípedo, petiso y con flequillo. Aunque tal vez lo de bípedo fuese forzoso, ya que entre las patas delanteras llevaba una batería con los bornes conectados a los lados del nacimiento de la trompa, justo allí donde un mamut normal (es

decir, debidamente cuadrúpedo, enorme y fosilizado) tendría sus enrulados colmillos.

Por supuesto, no lo miré directamente; no quería hacerlo sentir incómodo. Pero aparentemente él no tenía el mismo prurito y me miró a mí. Un par de anteojos oscuros le tapaba los ojos, y el ya mencionado flequillo le habría tapado a su vez los anteojos oscuros si no hubiese sido por una vincha que decía “Aguante los ángeles y Francisco-san”.

Me tocó el hombro con la trompa y me dijo algo que me hizo pensar que él también estaba interesado en el Mangazo:

—Che, viejita, ¿tenés un pesito pa’l bondi?

—Eeeh… No, no tengo.

—¿Entonces cómo lo vas a tomar? —Se rió y le dio un golpe a uno de los platillos de la batería.

—Ah… Pensé que era una batería de las otras.

—No, es de éstas.

—Ah… Ahí, ya estoy viendo al bondi.

—Sí, yo también estoy viendo al bondi. Che, viejita, tengo una idea re-piola: cuando pare, vamos a preguntarle al fercho si sigue derecho. ¡Juajuá!

En un momento pasamos de estar viendo al bondi a estar subiendo al bondi, y el chofer dijo:

—Soy Pepe Colectivero, el chofer más comiquero. Vamos al Mangazo. ¡Qué fenómeno!

El viaje hasta la isla desconocida en que se celebraba la convención transcurrió con toda tranquilidad. Durante dos cuadras, por lo menos.  Allí, el colectivo fue abordado (nunca mejor utilizada la expresión) por una horda de fanáticos exasperados que llevaban enormes máscaras con ojos más grandes todavía. Saltaban y bailaban con furia, balanceando sus desproporcionadas cabezotas de títere, mientras no dejaban de

cantar a voz en cuello:

Soooomos los otaku,
asustamo' a las viejas
usando dracu-dracu.
Soooomos los otaku,
por mirar dragonbooool
faltamos a la facu.

Recuerdo que, cuando era muy chico, me aterraban los payasos. No es divertido recaer en tales cosas cuando uno ya tiene un título terciario. Enfrentado a esa visión pesadillesca, me vi al borde de una decisión desesperada, debatiéndome entre un irracional impulso suicida y el arraigado instinto de conservación. Al fin el impulso irracional ganó por abandono, y seguí sentado tranquilamente donde estaba en lugar de tirarme del coche en movimiento por una ventanilla cerrada.

—¡Uh, miren, loco! —dijo uno de los cabezudos — ¡Es José!

—¡Josecito el Mamucito! ¿Qué hacé, mamú?

—¿Cómo anda la mamúa?

Ahí me cayó la ficha. La levanté y le pregunté a mi compañero de asiento:

—¡Ah! ¿Así que vos sos el famoso José, la mascota de la barra otaku?

—Sí, fierita. Yo soy José, el de la barrita —y barritó. Después volvió a tocar el platillo.

—¡Qué grande Josecito!

—¡Contate otro, José!

Bueno, así todo el viaje, con el mamut contando chistes y los otaku saltando, cantando y sacudiendo el coche de lado a lado. Y los problemas apenas empezaban: cuando llegamos al sitio de la convención, encontramos la entrada vigilada por una enorme esfinge robótica. El coloso mito-mecánico refulgía bajo el sol con

destellos dorados, plateados y cobrados.

—¡Qué suerte pa’ la desgracia! —exclamó el chofer— ¡Una esfinge!

—¡Juajuá! La esfinge, ¿es o finge?

—¡Grande, mamú!

—¡No te extingas nunca!

—¡Io sono la Sfinge di Sebas! —rugió en falsete la esfinge—. Mi ha creato il professore Sebastiano Giammazzachi, e la organizzazione della mostra mi ha messo qui per ammazzare tutti quanti chi non rispondano propriamente la domanda: “¿Tieni biglietto?” Ma allora mi ha infettato un virus polimorfo e mascalzone che me fa dire: ¡Leggi la Bibbia! ¡Leggi il Neone, la Genesi e gli Evangelioni! ¡Non ascolti la scienza menzognera! ¡Il mondo ha seimila e setti anni e la evoluzione non è veritá! ¡Il registro fossile non me ne frega un cazzo! *¡La evoluzione non è veritá!*

—¿Ah sí? ¿Y entonces cómo hago yo esto? —dijo el mamut, y contradiciendo la perorata de la esfinge se puso a evolucionar ahí mismo. En pocos instantes pasó de ser un mamutcito a ser un mamutazo. La vincha ahora decía “Yankees Go Nagai”, y la batería dejó de ser de ésas o de aquéllas para convertirse en una batería de cañones navales de cincuenta milímetros, aunque vistos desde abajo parecían bastante más largos.

Y entonces comenzó la batalla titánica entre la carne y el metal, entre la historia y la prehistoria, entre la mitología y la paleontología, entre… Entre treinta y cuarenta episodios duró la lucha, y en todo ese tiempo los otaku no dejaron de alentar:

Oooooh,
dale che mamúúúú,
che mamúúú, che mamúúú,
dale che mamúúúú.
Oooooh…

Ni hablar de la algarabía inmensa que estalló cuando la esfinge quedó convertida en una nube de polvo y gas radiactivo que fue disipada por el viento. Los otaku saltaban, se chocaban las cabezotas y se burlaban de la bestia derrotada cantado:

Siaaaamo gli ottacchi…

Tarde advirtieron que la esfinge sólo había simulado ser reducida a sus átomos constituyentes, y ni lerda ni perezosa aprovechó la guardia baja de su oponente para impactarlo con una trompada que lo puso en órbita rasante.

—¡Ha questo, brigante! *¡Vaffanculo!*

Hay que reconocer que es algo inusual ver un mamut artillado que se desplaza haciendo sapito por el Mar del Japón. Tan inusual que es posible



que no haya sucedido nunca, y que semejante espectáculo sólo se haya visto aquella vez que estoy relatando en la Bahía de Osaka. Como sea, su trayectoria se vio prontamente interrumpida por la masa del monte Fuji Vape.

—Uuuh, vieja, mató —dijo en el fondo del cráter del segundo impacto (el primero fue el de la trompa), y dio su barrito final.

—¡Patapúfete! ¡El mamú quedó hecho pomada! —dijo el colectivero—. Pero esto no va a quedar así. ¡No señor! ¡Todo el mundo abajo! —Pisó el embrague, puso la palanca de cambio en la posición “COMBATE”, y el bondi se transformó. La mole de acero comenzó a abandonar la postura horizontal y a quebrarse en varios puntos; del chasis surgieron contundentes extremidades mecánicas cubiertas de fileteados. En uno de los brazos, a modo de tatuaje

patibulario, estaba escrito “La vieja y Boca, lo más grande que hay”, y en el otro “¿Cómo manejo? Llame al 0-800-ROBOTO”. Sobre el parabrisas, devenido ciclópeo ojo de vidrio con borlitas, donde antes decía “AL MANGAZO” ahora podía leerse “PEPE JUSTICIERO, EL ROBOT GASOLERO”.

Sí, todo muy impresionante pero qué quieren que les diga, a esta altura ya me había aburrido. Dejé que siguieran agarrándose de los *Mechas* todo lo que quisieran y entré en el salón de la convención (aprovechando, por otra parte, que la esfinge estaba distraída en otros asuntos y no pedía las entradas).

No llevaba más que unos instantes en el predio cuando anunciaron por los altavoces que en una de las salas estaba por empezar la exhibición del nuevo OVA de la serie *Toka no botono*, subtitulado en húngaro por la asociación *Enemigos del Manga y el Animé* (EneMA). Como todavía no tenía mucho para la crónica, hacia allá fui. Pero pasó algo a mitad de camino, y no llegué jamás.

En un ámbito menos concurrido y con iluminación más tenue, habría interpretado de otra manera el gesto con que aquella señorita me detuvo. Pero delante de toda esa gente, parecía improbable que su intención fuera asaltarme.

—¿Quiere darse un sake? —me dijo con una sonrisa.

—¿Eh? —respondí yo, sin una sonrisa.

Me explicó que el sake es un aguardiente de arroz tradicional de Japón, y que lo que me estaba ofreciendo probar era una nueva línea de producto, hecha con arroz con pollo. “Y dale”, dije. Me llevé a la boca el cuenquito de porcelana, tiré la cabeza hacia atrás y dejé que la gravedad hiciera el resto.

“Gravedad” es una buena forma de decirlo. Este evento marcó un antes y un después en la historia que estoy contando. Lamentablemente esta división no tiene mucho sentido, ya que mis recuerdos del “antes” no son menos estrafalarios que los del “después”. De estos últimos, el primero que tengo es que me estaba revisando un médico que, a primera vista, me pareció extraño. Después, cuando lo vi mejor, me di cuenta de que efectivamente era extraño. Bah, a lo mejor no es algo tan raro y todo se reduce a que me falta mundo, pero yo nunca había visto a nadie que fuera finlandés del lado izquierdo y masai de Kenia del derecho, salvo en un par de ocasiones.

—Soy el doctor Bagley —me dijo—. Va a estar bien, no se preocupe. Su organismo rechazó inmediatamente la bebida y la expelió por la misma vía de ingreso. La próxima vez, trate de no darse un sake cerca de alguien que esté haciendo malabares con antorchas encendidas mientras canta “Great balls of fire”.

—¡No me diga! ¿Alguien salió lastimado?

—Los que peor la pasaron fueron unos camcorders Sony. Pero no se preocupe: están bien y los japoneses en que se desplazaban estaban



asegurados contra dragones eventuales. El que sí estuvo en peligro fue usted. Un matadragones de incógnito quiso llevarse un trofeo para pedirle deseos.

—¿Qué trofeo?

—Eeh… no importa. De todas formas, fue reducido por el personal de seguridad y lo pusieron a la sombra de un bonsai.

—Qué bueno. Ahora, si me permite, tengo que seguir con mi cobertura del evento…

—¿Qué cobertura ni cobertura? Dígame, ¿ésta le parece una enfermería común y corriente?

Tuve que reconocer que no. Era un cuarto circular de paredes de piedra desnuda, sin otro acceso que una trampilla en el piso y una ventana por la cual se veía un mar rugiente. Parecía una habitación de una torre que estaba al borde de un acantilado.

—Es una habitación de una torre que está al borde de un acantilado —me confirmó el médico bicolor—. Si no lo hubiera traído aquí, habría quedado a merced de la violencia de los otaku.

—Los otaku…

—Se pusieron a destrozar toda la muestra, en venganza por la muerte de su mamut. ¿Los escucha?

Los escuchaba. El canto llegaba amortiguado desde los niveles inferiores:

Soooomos los otaku,
vamo' a matar a todos,
hasta al grone Baracus.
Soooomos los otaku,
lo vamos a tiraaaar
en el Rano Raraku.

—Eso me preocupa —me dijo el doctor—. Baracus es mi medio hermano.

—No entiendo. ¿Por qué no se la agarran con la esfinge, que fue la que causó todo?

—Son vengativos pero no comen vidrio. ¿Ya vio cómo quedó el bondi?

—¿Cómo vamos a salir? ¿Qué vamos a hacer? —dije exasperado, y me puse a medir a pasos eufóricos el diámetro, la circunferencia y las cuerdas de la habitación—. Si no nos agarran los otaku, nos agarra la esfinge; y ésta, o nos amasija por no tener entradas, o entra en un bucle piadoso y nos predica.

¿Qué vamos a hacer? ¡¿Qué vamos a hacer, por San Seiya?!

—¡Eh! ¡Tranquilo! —me reconvino el doctor Bagley, y me dio un par de cachetadas terapéuticas —. Vamos a salir de acá. ¿Confía en mí?

—Esteee… ¿Puedo decir “a medias” sin que parezca racista?

—Hmmmm… Me temo que no.

—Bueno, entonces no me queda otra que confiar.

—Excelente. Pude comunicarme con el general Látigo Koji por el Messenger Z. Me dijo que no va a poder venir, pero me dio instrucciones precisas. ¿Puedo contar con usted?

—¡Por supuesto! Dígame qué es lo que hay que hacer.

—Bueno, básicamente el plan consiste en detonar la bomba nuclear táctica de veinte kilotones que estaba preparada para el fin de la convención.

—¿…? ¿H…? Discúlpeme, ¿no?, pero… ¿Me puede explicar, en términos sencillos y comprensibles, por qué tienen una bomba de veinte kilotones?

—Porque para una de medio megatón como la que querían los organizadores se necesitaba personería jurídica.

—Ah…

Mientras el doctor me explicaba sobre un plano algo que no escuché, estimé que ya había hecho suficientes mediciones a pasos de la habitación circular. Saqué una calculadora y las promedié: me dio unos seis metros de diámetro. Hice más cálculos: velocidad angular, velocidad tangencial, resistencia de la piedra, fuerza centrípeta… Me tomé el pulso, extrapolé la presión arterial, multipliqué por la capacidad calórica del almuerzo, sumé un vector perpendicular de 9,8 m/s^2… Sí, las condiciones parecían ser adecuadas. Guardé la calculadora y me puse a caminar por las paredes.

La nueva perspectiva davebowmaniana me permitió ver cosas en las que antes no me había fijado. Por ejemplo, el objeto en el que estaba sentado el doctor.

—¿Qué es eso?

—¿Qué…? Ah, ¿esto? Nada, que hace un rato trató de entrar un otaku. Cuando me vio salió corriendo, no sé por qué, y se le cayó la máscara.

Me bajé de la pared y lo miré. El tipo seguía hablando.

—Bueno, una vez que haya retirado la cubierta, va a encontrar

dos cables. Tiene que cortar el cable verde con bandas violetas, no el violeta con bandas verdes. ¿Me sigue?

—Oiga, acá tenemos la máscara de un otaku. ¿No se le ocurrió que podemos usarla para escapar?

Me miró. Tenía en los ojos un brillo extraño, más todavía que su propia persona. Inmediatamente me arrepentí de haber abierto la boca: ahora lo sabía. Éramos dos y sólo había una máscara. Se oyó una tensa música de cítaras.

Tenía que ser más rápido que él. Lo empujé al suelo y tomé la máscara gigantesca. Pesaba más que lo que había supuesto. No me di vuelta a ver lo que hacía el doctor; simplemente aferré la máscara por las puntas sueltas de la enorme vincha que la ceñía, me la eché sobre el hombro y salté por la ventana hacia el mar rugiente.

Funcionó bastante bien. Los agujeros de los ojos estaban cerca del del cuello, así que se mantenían por encima de la línea de flotación y casi no entraba agua. Y con la vincha pude improvisar una vela aceptable. A los pocos días me rescató un barco ballenero que, según me contaron los tripulantes, andaba tras un hipocampo de ochenta metros de largo que había dejado clavado al capitán con no sé que asunto de garantías hipotecarias. Pero esto último me parece sospechoso, y es posible que no haya sucedido tal como lo recuerdo.

El Gaucho de los Anillos (13)

Otis



La comunidá del anillo

Capítulo 13



En llegar no demoraron
a la salida e’ la cueva;
pero andar a la lú nueva
no jue cosa de alegría,
porque uno e’ la compañía
no pudo pasar la prueba.

“Lo que pasó con el Gandalf
da tristeza de verdá.
Pero no se acaba acá
la ruta”, dijo el baquiano,
“porque ahura este crestiano
va a guiar la comunidá.”

“Hay que dir a Loloríén,
que ahí la gente es macanuda:
pa’ no tenerla peluda
en nuestro camino negro,
nos va a venir bien la ayuda
de los suegros de mi suegro.”

Decía el Merry: “Siguro
que con locro nos invitan,
o con empanada e’ humita,
de vernos ansí delgaos.”

Vieron el Monte Dorao
cayendo la tardecita.

“¡Pavada e’ monte!”, dijeron
los cuatro hobbits a coro.
“Pa’ que digan que es de oro,
pucha que hay güenas razones.
¡Los árboles dan melones!
¡Este pago es un tesoro!”

“¡Tenga a mano!”, gritó un elfo
dende arriba de un lapacho.
“Acá con el populacho
no nos hacemos los güenos.
No dentra naides, y menos
estos enanos borrachos.”

“¡Borracho!”, la peló al hacha
muy ofendido el pequeño.
“¡Bajá, fifí, que te enseño
si es de tinto o es de blanco!”
“¡Ya basta!”, se metió el Trancos.
“Queremos ver a los dueños.”

“Andá a avisarles que vino
el Aragorn, que se acuerden,
con Legolas Hojaverde,
don Boromir, los medianos
y el amigo Guimlidiano,
que ladra pero no muerde.”

Y los llevaron a ver
a esos elfos de gran fama:
tomando mate en las ramas
de un barrigudo higuerón
estaban don Celebrón
y ’ña Galadriel, la dama.

“¡Ansina que al fin llegó
la dichosa compañía!
Ya los chasques que venían
de la estancia e’ nuestro yerno
nos dijeron que estos días
iban a pasar a vernos.”

“¿Diánde está Gandalf el Gris?
¿No venían todos juntos?”
“Ése es un fulero asunto”,
les respondió el montaraz.
“Por salvarnos quedó atrás
y acabó siendo dijunto.”

Les contaron cómo el mago
cayó en lo projundo e’ Moria.
“Ésa es una triste historia”,
dijo al final la señora.
“El Monte de Oro lo llora
y lo lleva en la memoria.”

“Ahura nomás quedan ocho
pa’ cumplir con la misión”,
habló después el patrón.
“Pero con nuestra sabencia
les vamo’ a dar la asistencia
pa’ destruncarlo al Saurón.”

“Este supo ser lugar”,
se puso a contar don Cele,
“de girasoles y mieles,
una tierra de leyenda.
Que ahura la sombra se estienda,
¡caracho!, sí que nos duele.”

“A este alversario indino
que es más malo que la peste,
nos cueste lo que nos cueste
lo tenemos que destruir,
ansí nos podemos dir
ya de una vez pa’l oeste.”

“Pero es güeno ricordar
que en esta ocasión tan grave,
pa’ que de una vez se acabe
no alcanza con dar consejos;
que el elfo por elfo sabe,
pero más sabe por viejo.”

“Que no me entere que naides”,
les dijo ’ña Galadriel,
“en este viaje sin yel

se mande alguna embarrada,
y cada cual siga fiel
a la palabra empeñada.”

Se puso derecho el Trancos
y le retrucó: “¡Valiente!
¡Las manos por esta gente
en el fuego pongo yo!”
“Cuidao”, Boromir pensó.
“Puede ser que esté caliente.”

No se convenció la doña
y medio frunció la jeta;
nunca falta un güey corneta,
podía retobarse alguno,
y los miró uno por uno
pa’ ver si hallaba un sotreta.

“Ta’ güeno”, dijo por fin.
“Parecen güenas personas.”
Y mandó echar una lonas
pa’ que después del asao
se sacaran lo cansao
o se durmieran la mona.



Historia fantástica del soldado Fabio Leguizamón

Juan Diego Incardona

Apenas llegado de Francia, donde había cursado estudios de ingeniería, fui contratado, aunque todavía no tenía experiencia en obras, gracias a la recomendación de amigos influyentes de mi padre en Buenos Aires, para colaborar en la supervisión de los trabajos que iniciaban el nuevo trazado del pueblo de Junín en el año 1857.

Durante tres años de mi estadía allí no hubo incidentes o novedades que llamaran demasiado mi atención, casi todo el tiempo estaba sumido en la rutina del proyecto y, aunque entablé relaciones amorosas con cierta señorita, tampoco esto cobró mucha trascendencia y pronto nuestros amoríos terminaron por desvanecerse. En un momento, cuando la obra ya estaba avanzada y yo consideraba que había acumulado suficiente experiencia, mi aspiración fue el regreso definitivo a Buenos Aires.

El último día, mientras esperaba la diligencia, me dirigí a la nueva casa de ramos generales, la casa Basterreix, para proveerme de comida para el viaje. Era un día tempestuoso; recuerdo muy bien aquel cielo de oscuridad imponente extendiéndose sobre los ilimitados campos de la pampa; la lluvia caía incesante y el viento se agitaba como un demente. Al ingresar al almacén me encontré frente a un hombre muy viejo que no conocía; estaba sentado en una silla junto a la pared y aparentemente estaba durmiendo. Llevaba calzadas unas botas de potro y tenía puesto un poncho patria, su rostro estaba parcialmente oculto debajo de un chambergo de fieltro inclinado pronunciadamente hacia adelante. Me llamó la atención sobre todo el cuchillo, puesto que lo tenía desenvainado, empuñado en la mano derecha y apoyado sobre el pecho. Era un hermoso cuchillo, de gavilán recto, terminado en las puntas de forma escultórica con cabezas de leones.

Miré hacia todos los rincones y comprobé que no había nadie más. Me mantuve en silencio durante un rato, observando al viejo que daba toda la apariencia de un muerto, pero súbitamente, como si fuera el mismo dios Vertumno cambiando de aspecto, se enderezó enérgicamente y con voz fuerte me dijo:

—¡¿Qué necesita?!

Antes de que pudiera contestarle, el anciano, repentinamente

sobresaltado, se acercó hasta mí y escudriñándome detalladamente la cara exclamó:

—¡Cruz diablo!

Yo no entendía bien a qué se refería con eso.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó.

—Juan Gregorio Díaz.

El anciano meditó un momento y mascullando palabras se alejó un poco de mí. Pero al cabo de un pequeño instante volvió a preguntarme, acercándose nuevamente:

—¿Y el apellido de su madre?

—Leguizamón.

—¡Leguizamón! ¡Lo sabía!

—¿Conoció usted a mi madre?

—A su madre no —me dijo con voz entrecortada, mientras no cesaba de observarme—, yo conocí a Fabio Leguizamón.

—¡Mi abuelo! —grité con excitación—. ¡El padre de mi madre! ¡Pero qué extraño que es este mundo! Es realmente increíble que usted… ¿Cuál es su nombre, señor?

—Mariano Corvalán.

—Es increíble que usted, señor Corvalán, haya conocido a mi abuelo. Le ruego por favor que me cuente acerca de él, pues yo no lo he conocido y sé muy poco de su vida, salvo que fue soldado y que participó en la campaña del ejército del Norte, bajo el mando del general Belgrano.

—¿Pero acaso su madre no le habló de él?

—Mi madre murió en un accidente cuando yo todavía era un niño.

—Entiendo.

—¿Pero qué sabe usted? Cuénteme, por favor. Pero antes, dígame, ¿cómo es posible que me haya reconocido?

—Su cara, muchacho.

—¿Mi cara?

—Sí, joven, es la misma cara de su abuelo. ¿Cómo olvidarme de esa cara? ¿Cómo olvidarme de Fabio Leguizamón?

—¿A qué se refiere? ¿Fueron ustedes amigos?

—No sé si podría considerarlo de esa forma, pero sí puedo asegurarle que lo he conocido bastante bien y que jamás podré olvidarlo.

—¿Por qué, señor?

—Primero, porque él salvó mi vida, pero más aún por su extraordinaria personalidad, por sus particulares y fantásticos hábitos y por la formidable repercusión histórica que ha tenido y que tendrá su misteriosa actividad.

—No entiendo bien a qué se refiere, señor Corvalán, le ruego que sea más preciso.

—Comenzaré por decirle, pues es lo más cercano a la verdad de todo lo que podré contarle, que su abuelo, Fabio Leguizamón, fue el ser más increíble de quien pueda tenerse memoria. Su existencia, si puede denominarse de esa forma, ha repercutido para siempre en la historia argentina.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ha leído usted a Shakespeare?

No pude más que guardar silencio frente a semejante pregunta. Que un hombre que llevaba puesto botas de potro, poncho y un sombrero de fieltro me hablara de Shakespeare no era imposible, pero, para lo que estaba acostumbrado, tal combinación era, por lo menos, novedosa y llamativa.

—¿Ha leído a Shakespeare? ¿Sí o no?

¡Un gaucho ilustrado! Este hombre es un oxímoron, pensé.

Frente a mi mudez y mis gestos de perplejidad, el señor Corvalán, intuyendo algo, exclamó:

—Joven, no debe juzgar por apariencias: Mi familia era de las más ricas de Córdoba y en mi juventud he tenido la mejor educación. Luego, en los siguientes años de mi vida, he conservado una importante afición a la lectura y al estudio autodidacta. Y si mi atuendo no se compone de pantalones, levita, chaleco y fraque, es porque yo vivo en el campo y a caballo. La intelectualidad, estimado, no siempre va de la mano del estereotipo que la representa.

Realmente estaba impresionado por aquel hombre singular que estaba ante mí y que fusionaba en su ser términos y modales de dos clases aparentemente antagónicas, como una especie de cuenca viviente adonde desembocaban ríos que nunca se tocaron antes. Este hombre, pienso ahora, *era* el Río de la Plata. Y aunque hubiera querido saber más de su vida, de su familia y del estilo de vida que llevaba, la curiosidad acerca de mi abuelo me carcomía. Por lo tanto pasé hoja velozmente y fui al punto:

—Sí, he leído a Shakespeare, y en cuanto a lo demás, creo

que tiene usted razón, señor Corvalán, uno no debe ser prejuicioso con los hombres. Ahora, por favor, cuénteme acerca de mi abuelo.

—Le pregunto sobre Shakespeare porque su abuelo lo leía fervientemente. Cada vez que lo veía estaba con una de sus obras en la mano. Vaya a saber cuántas horas, día y noche, aquella alma inquieta habrá sumergido sus ojos, probablemente todo su ser, en las páginas de aquel renombrado escritor. Fabio Leguizamón…

Me senté junto al viejo Corvalán en una silla que me alcanzó y mientras comíamos pororó, me contó esta historia, la fantástica y sobrenatural historia de mi abuelo don Fabio Leguizamón:

"Lo conocí camino a Salta, más precisamente en el paso del río Pasaje, una tarde de febrero del año 1813. Aquellos días el agua del Pasaje estaba muy crecida, así que tuvimos que construir balsas para poder vadearlo, pero no fue tarea fácil, se puede imaginar, pues éramos más de tres mil hombres en el ejército del Norte. El tercer día el río estaba más turbulento, las corrientes se arremolinaban en el medio y la balsa que me trasladaba se zarandeaba para todos lados. En un momento, cuando faltaban pocos metros para llegar a la orilla opuesta, la soga que nos tiraba, y que ya estaba bastante gastada por los continuos viajes, por fin cedió y se cortó. Así pues, la balsa quedó solamente atada a la soga de la orilla anterior y a merced de la fuerza violenta del río. La frágil embarcación dibujó un arco sobre el agua y la misma corriente la devolvió, a toda velocidad, a la orilla de partida, pero a unos ciento cincuenta metros del lugar original. En el brusco movimiento yo caí al agua e instantáneamente empecé a hundirme, pues lamentablemente no sé nadar.

La oscuridad me devoraba en su abismo y las aguas sepultaban mi cuerpo, inexorablemente, con sus líquidos lapidarios e impiadosos. Sin embargo, cuando los demonios ya comenzaban su danza en torno a mi ser vulnerable, una mano poderosa, surgida vaya a saber de qué misterioso e insondable plan, me llevaba otra vez a la superficie: Era Fabio Leguizamón que me salvaba heroicamente la vida.

Así nos conocimos; él fue el sujeto, yo el objeto.

Luego, después de concluir los esforzados trabajos en el río, emprendimos la marcha hasta esa quebrada que llaman Lagunillas y que queda a tres leguas de la ciudad de Salta. Por mi parte, aún

conservaba un estado extasiado, producto de la estupefacción que produce el contacto tan cercano con la muerte. Y tal vez como una forma más de mi deseo perseverante de vida, o por el agradecimiento inmenso que sentía por aquel hombre desconocido, o por ambas cosas, fue que empecé a cabalgar pegado, junto a mi homérico salvador.

Pero el héroe pronto dejó de ser homérico, y yo, de agradecido, progresivamente me convertí a curioso, a curioso de *él*.

Así, prontamente, se invirtieron los papeles: yo sería el sujeto y Fabio Leguizamón el objeto, mi objeto. Sin embargo, aquí me detengo, muchacho, para advertirle algo: Debido a la relación que tuve con ese hombre singular y al conocimiento que poseo sobre una realidad expandida más allá de los límites habituales, me siento inclinado continuamente a poner un manto de dudas sobre la veracidad de cualquier afirmación, aún si se trata de mis propias expresiones.

¿Quién puede afirmar que las palabras del hombre están desnudas de mentiras?

Joven, yo le daré mi opinión: Todas las palabras están vestidas, y vestidas para invierno.

¿Y quién era este hombre? ¿Qué clase de magnífico ser se desplazaba junto a mí, frente a mis ojos, erguido, lleno de coraje y grandeza, movido por principios tan nobles como la independencia y la libertad, y que acababa, seguramente en una de las más insignificantes acciones de su frondosa lista de hazañas, de salvar mi vida?

¡Fabio Leguizamón! ¡Había que verlo! ¡Montado en su alazán tostado, con una mano en la rienda y otra en el libro!

—¿Qué está leyendo? —le pregunté.

Acentuando las vocales, pronunciando exageradamente algunas consonantes como la R y golpeando fuerte sobre otras como la K, exclamó con soberbia:

—*Noche de reyes* de William Shakespeare.

Lo miré de arriba a abajo, como me miró usted cuando entró a este almacén. Guardé silencio y durante el resto de aquel día disfrazado de guerra pasé mis horas pensando todo tipo de cosas.

Aquella noche antes de dormirme observé a su abuelo: Leía plácidamente su libro gracias a la luz de un fogón. En su uniforme lucía orgulloso una condecoración. Era un escudo de paño bordado con letras de oro en cuya inscripción se leía: *La patria a su defensor en Tucumán*. Pensé: ¡Qué magnífico hombre, qué estupendo! Luego

me dormí en los sueños más dulces.

A la mañana siguiente, apenas me desperté, sucedió algo importante: Descubrí (ahora comprendo que *descubrir* es un verbo apropiado no sólo para definir el encuentro de una cosa, objeto o persona, sino también para señalar la acción que consiste en despojar a alguien del atuendo que lo cubre) que Fabio Leguizamón no estaba más. Pregunté a algunos soldados si lo habían visto, pero nadie sabía nada. Así pasó toda la mañana. Extrañado y con una sensación de angustia, vaga al principio pero aumentando en su agobio con el paso de las horas, lo busqué durante todo el día, preguntando sobre su paradero todas las veces que podía. Pero era en vano: el sujeto había desaparecido, se lo había tragado la tierra.

Y lo seguí buscando, y pregunté y pregunté: ¿Alguien vio a Fabio Leguizamón? ¿Alguien sabe algo? ¿Saben dónde está?.

Pasaron nueve días.

Aunque no quería, aunque intentaba crear explicaciones que justifiquen su misteriosa ausencia, penosamente fui llegando a la conclusión de que aquel héroe libertador que había salvado mi vida, aquel ilustrado varón que leía a Shakespeare en plena campaña militar, aquel personaje ideal, se había convertido ahora en un simple y vulgar desertor. ¡Pero no! Era imposible. No era posible.

Transcurrieron los días y los meses sin saber nada acerca de su suerte, pasó Salta, pasó Vilcapujio y Ayohuma, peleando aquí y allá, enredándome cada vez más en aquella guerra complicada que avanzaba y retrocedía por la tierra y por sus ríos, viendo morir a la gente, sufriendo heridas, cansancio y hambre, apretado en la enorme masa movediza y gritona, uniformada y embanderada, armada de metales y de pólvora, una masa a caballo, criolla, de lenguaje mezclado, anhelante, civilizada y bárbara, una masa prefigurada en todos los siglos anteriores y que prefiguraba en su ensayo de guerra todos los siglos posteriores, una masa hinchada, flujo y reflujo de sí misma.

En aquella cosa estaba sumergido, como uno de sus protagonistas, es verdad, pero sobre todo como un espectador de aquella obra aparentemente infinita donde los eventos cotidianos se repiten incesantemente, como la vida y la muerte, acontecimientos parecidos entre sí.

Y en la rutina cotidiana de la guerra, sangre y sudor, hombres y caballos, espadas y fusiles, una noche que parecía cualquiera, la más inesperada de aquel tiempo del pasado que todo lo recibe y todo lo hace posible, una noche en particular de aquella serie se erigió para mí: De la nada, con total tranquilidad, apareció

frente a mi vista, como si fuera Lázaro que acababa de salir de la tumba, la figura inconfundible que había impregnado con su geometría cada uno de mis pensamientos.

Otra vez, Fabio Leguizamón.

Llevaba puesto el uniforme de siempre, el orgulloso escudo abrochado en el saco y el sable asomado levemente de la vaina. En su mano nuevamente había un libro, en esta oportunidad tocaba *El rey Lear*.

Mi primera sensación fue quedarme estupefacto, luego tuve ganas de envainarlo con mi sable. Me dijo:

—Mariano, ¿cómo está después de tanto tiempo?

Apresurado, le contesté:

—¿Se puede saber dónde demonios se había metido?

—Aquí, allá, peleando, leyendo.

En ese momento, mientras nos mirábamos mutuamente, un tercero se acercó hasta nosotros y dirigiéndose a Leguizamón le dijo:

—Muchas gracias señor por salvarme la vida.

Fabio Leguizamón asintió con la cabeza. En cuanto a mí, debe imaginarse, el asunto me llamó bastante la atención. Pregunté cómo había sido, pero ellos, guardándose ambos en el silencio, me dieron a entender una suerte de intimidad. Lo comprendí rápidamente, puesto que yo había pasado por eso y sabía muy bien de las sensaciones complejas que produce la relación, el contacto espiritual por denominarlo más aproximadamente a la verdad, con alguien que ha tenido en sus manos y ha obrado a voluntad sobre la vida de uno. Hay acontecimientos que son harto complicados para las palabras, pues éstas, que en ocasiones repercuten positivamente sobre los hombres, muchas otras veces, la mayoría, sólo contaminan. Así pues, en casos como estos, la representación a través del lenguaje es como escupir sobre entidades sagradas. Por tales motivos, respetando el debido silencio sobre la cuestión, no pregunté nada más por el momento.

Decidimos sentarnos junto a un fogón, donde tomamos mate y conversamos amablemente, intercambiando opiniones acerca de la actualidad de nuestro ejército y de la guerra en general. Me sorprendió particularmente que no supiera la nueva noticia que estaba en boca de todos. Me refiero al reemplazo del señor brigadier general por un tal coronel San Martín que llegaba con un cuerpo de granaderos.

La noche se cerraba sobre nosotros, pero el fuego parecía proyectarse sin interrupción hacia las alturas, cortando en dos la

oscuridad.

En el medio de la charla, nuevamente, sucedió algo insólito: Un soldado al que yo conocía bien, su nombre era Ramírez, se acercó a nosotros y tomando las manos del señor Leguizamón le dijo a este último, con voz emocionada:

—Muchas gracias, jamás lo olvidaré.

Yo había quedado paralizado de estupefacción. Enseguida, le pregunté:

—¿A qué se refiere?

—El señor Leguizamón —me contestó Ramírez—, que Dios lo tenga en cuenta, ha salvado mi vida en Ayohuma, rescatándome valientemente cuando yo, junto a otros tres dragones, quedamos atrapados en medio de los infantes enemigos.

Apenas un instante después de contestarme, Ramírez, quizá para no molestar a quien se había convertido en su eminencia, se retiró respetuosamente, repitiendo sin cesar:

—Gracias, gracias, muchas gracias.

Mis sospechas aumentaban y ahora todo me llenaba de desconfianza. Sin embargo, no sé por qué, tal vez por impotencia, tal vez porque intuía algo que no debía ser nombrado, no le pregunté nada.

Cuando la noche avanzó y el sueño pesaba sobre mí, lo despedí y me acosté a pocos metros de él, que se quedaría un rato más junto al fuego para leer a Shakespeare. Recuerdo su vaga imagen, espectral y luminosa, que vaporosamente parecía infundirme más somnolencia. Recuerdo su estampa entrecortada en mi incesante pero cada vez más lento abrir y cerrar de ojos; su presencia se interrumpía en saltos de luz y oscuridad alternada hasta que, por fin, las sombras me abrazaron inevitablemente y no lo vi más. Lo último que me llegaba de aquella noche eran las interminables voces que, una a una, desfilaban cerca de mí repitiendo monótonamente:

—Gracias, gracias.

A la mañana siguiente no estaba más. Comprendí que era inútil buscarlo.

(Aquí la verdad, despojada de sus vestidos, parece ser ausencia, pero es un error, pues la culpa es de los ojos capaces solamente de ver la ropa que cubre y de los oídos que sólo escuchan palabras y no oyen el silencio.)

Unas semanas mas tarde me enteré de que su abuelo había

muerto en la batalla de Tucumán, el 24 de septiembre de 1812, varios meses antes de salvarme la vida en el río Pasaje. Me contaron que por su heroísmo había recibido, como tantos otros, una condecoración, que fue sepultada junto a su cuerpo: Era un escudo de paño bordado con letras de oro.

¿Cuántos hombres había salvado?

A muchos."

Las últimas palabras del relato se confundían con los truenos que llegaban de afuera. Los sonidos de la tormenta parecían llevarse la historia, sembrando la llanura con los hombres de otrora, esparciendo su vigencia interminable y trazando con ella el destino de aquellas tierras: Destino que siempre será del pasado y que para siempre descansará en la voluntad de los muertos.

No pude preguntarle nada más, pues las palabras se escapaban de mí o me producían tanta desconfianza que prefería no traerlas más por el momento. El interior de la casa Basterreix se había teñido de oscuridad reveladora. Ambos nos quedamos en silencio; la tormenta, dueña ahora de la pampa, hablaba por nosotros.

Alguien me vino a buscar: la diligencia estaba preparada para partir.

Me despedí de Mariano Corvalán con un fuerte apretón de manos. Recuerdo que la sensación que predominaba en mí, sobre la curiosidad y aún sobre la estupefacción, era el agradecimiento. Antes de salir del almacén miré hacia un costado: En una silla descansaba un libro, cuya tapa, profusamente adornada, reproducía en palabras doradas la siguiente inscripción:

William Shakespeare

La Tempestad

Nunca más volví a ver a Mariano Corvalán o a saber noticia de él. La diligencia me regresó a Buenos Aires, desplazándose en la pampa infinita como un barco en un mar tormentoso.

Juan Diego Incardona

Juan Diego Incardona nació en Buenos Aires el 27 de Julio de 1971 y vivió la mayor parte de su vida en Villa Celina, un barrio del conurbano bonaerense. Es colaborador permanente de la revista EOM. Ha publicado cuentos y ensayos en diferentes suplementos y revistas de Argentina, España, México, Colombia y Uruguay.

Axxón





ePUB

Encuéntrenos en:

- Sitio principal: http://axxon.com.ar
- Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
- Comentarios sobre esta versión: axxonpalm@gmail.com
- Twitter: **@axxonmovil**
- Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil